

DIÓCESIS DE ZAMORA

Material para la Formación Pastoral

SIGNOS DE LOS TIEMPOS



Curso Pastoral 2020-2021

ÍNDICE

Presentación. <i>Luis-Fernando Toribio Viñuela</i>	5
Tema 1: Los signos de los tiempos. <i>José-Ángel Rivera de las Heras</i>	7
Textos	11
Preguntas.....	13
Tema 2: La esperanza de Cristo, también en la oscuridad. <i>Emilio-José Justo Domínguez</i>	15
Textos.....	18
Preguntas.....	20
Tema 3: Acompañar a la comunidad cristiana en esta hora de Dios. Más allá del individualismo: ni tú ni yo somos nadie, si tú y yo no somos nosotros. <i>Juan-Luis Martín Barrios</i>	21
Textos	26
Preguntas.....	28
Tema 4: La Eucaristía, fuente y culmen de la vida de la Iglesia. <i>Francisco García Martínez</i>	29
Textos	34
Preguntas.....	35
Tema 5: La caridad en la vida de la Iglesia y su eficacia pastoral. <i>Equipo de Cáritas Diocesana</i>	37
Textos	41
Preguntas.....	44
Tema 6: Sanar heridas, acompañar duelos. <i>Dalia Díez Romero</i>	45
Textos	49
Preguntas.....	52
Tema 7: La familia, Iglesia doméstica. <i>Carlos de la Fuente y Marta Hernández</i>	53
Textos	58
Preguntas.....	59
Tema 8: Anunciar a Cristo siendo Iglesia en tiempos de COVID-19. <i>José-Alberto Sutil Lorenzo</i>	61
Textos	66
Preguntas.....	70

PRESENTACIÓN

Cuando se escriben estas líneas estamos todavía en período de desescalada del confinamiento al que nos ha llevado la pandemia de la COVID-19, y a la espera de que se provea nuestra sede con un nuevo obispo.

Las circunstancias que nos ha tocado vivir, en este tiempo, han sido del todo particulares y cargadas de situaciones nuevas, dolorosas muchas de ellas; que nos han causado perplejidad y, como toda situación compleja, muchas preguntas.

Es por esto, por lo que al Administrador Diocesano, oído el Colegio de Consultores, le ha parecido oportuno proponer a toda la Diócesis, para el curso 2020-2021, profundizar, a la luz de la oración y de la comunión en los arciprestazgos y en los diferentes grupos que puedan trabajar estos materiales, un tema que sirva de ayuda para todos: Dios nos habla a través de la historia, los signos de los tiempos.

Lo que vivimos siempre es ocasión para que Dios pueda inspirar, sugerir, iluminar, fortalecer o corregir nuestros caminos. Desde esta convicción se han elegido ocho situaciones que pueden verse iluminadas desde la experiencia de una pandemia y un confinamiento como el que hemos vivido:

1. La primera consideración es el hecho mismo de que Dios tiene una palabra constructiva que decirnos desde todo lo que vivimos, es lo que llamamos **signos de los tiempos**.
2. Los momentos difíciles son tiempos especialmente interesantes para descubrir y fortalecer lo que significa y aporta a cada situación **la esperanza cristiana**.
3. El confinamiento nos ha recluso en casa, nos ha separado físicamente. Hemos sentido de forma especialmente intensa **la necesidad de la comunidad**.
4. Por primera vez en mucho tiempo la Iglesia ha dispensado del precepto dominical de la eucaristía. Hemos tenido los templos cerrados. Esto nos ha podido ayudar a comprender mejor **la centralidad de la eucaristía en nuestra vida cristiana**.
5. La crisis sanitaria viene acompañada por una profunda crisis socioeconómica. La identidad de la Iglesia en este tiempo reafirma con fuerza **la dimensión caritativa de su misión**.
6. El dolor nos ha acompañado en este tiempo y se han generado heridas internas, en algunos casos significativas: situaciones de duelo, de soledad, de tensiones internas... **Sanar heridas** es una de las tareas que ahora reclama vivamente nuestra atención.

7. Uno de los elementos fuertes de este tiempo de confinamiento ha sido la vida en familia. También para la vida de fe. Redescubrir **la familia como iglesia doméstica** puede ser una de las virtudes de esta situación histórica que nos ha tocado vivir.
8. Y, por último, **la dimensión misionera** de la vida cristiana es constitutiva de su naturaleza. Eso significa que también aquí y ahora hemos de encontrar la forma de estar en este mundo y anunciar en él a Cristo.

Quiera el Señor seguir acompañándonos durante este nuevo curso pastoral para que su Palabra resuene entre nosotros y descubramos lo que su paso por nuestra historia nos quiera mostrar.

Luis-Fernando Toribio Viñuela

Tema | 1

LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS

José-Ángel Rivera de las Heras



1 LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS

“El misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado” (GS 22)

La pregunta por el sentido de la existencia humana y la vida del mundo, y la cuestión por el conocimiento de su origen, su desarrollo y su fin/finalidad, son asuntos básicos que toda persona, de algún u otro modo, y conforme a sus capacidades y circunstancias, se plantea o ha de plantearse a lo largo de su trayectoria vital.

La vida terrena es un camino que incluye un inicio, un recorrido y un término. Tenemos cierta idea sobre su principio, ignoramos el momento de su final y nos mantenemos expectantes en su acontecer diario. Algunos hechos de nuestra vida son procurados, y acontecen conforme a lo proyectado o previsto por nosotros. En otros casos, nos son sobrevenidos, e incluso inesperados. Y desde nuestra perspectiva personal los abordamos, unas veces calificándolos de “felices” o “favorables”, porque nos ofrecen dicha y bienestar, y otras de “adversos”, porque nos producen desconcierto, inquietud, angustia y/o sufrimiento. No obstante, unos y otros, lo queramos o no, nos gusten más o menos, forman parte inherente de la vida humana.

Ante estos últimos, sean crisis humanitarias (guerras, migraciones, refugiados, etc.) o naturales (terremotos, tsunamis, etc.), alertas sanitarias (como la pandemia del coronavirus), contratiempos, enfermedades y fallecimientos de familiares, etc., las personas suelen enfrentarse de modos diversos. Algunos, escandalizados por la fuerza del mal que atenaza al ser humano de múltiples formas, realizan una protesta que puede llevarles al ateísmo o al agnosticismo (GS 19). Otros los enmarcan en un destino fatalista diseñado previamente por una fuerza que trasciende la naturaleza. Otros, imbuidos de un providencialismo exacerbado, los aplican indiscriminadamente a Dios, sin esforzarse por buscar una justificación y una finalidad convincentes.

Ante las situaciones límite o experiencias de dolor (sufrimiento, enfermedad, vejez, muerte...), solemos escuchar o formular expresiones, a veces convertidas en tópicos, sin caer en la cuenta de que ni expresan convenientemente nuestra fe ni invitan a la esperanza verdadera: *“Dios así lo ha querido”, “si Dios lo ha permitido, por algo será”, “sus caminos son inescrutables”, “qué le vamos a hacer..., resignación”*. Tales expresiones, a modo de recetas bienintencionadas, pueden provocar incluso una respuesta enojada por parte del destinatario: *“¿Cómo estás tan seguro de que Dios lo quiere?”, “¿No podía haber hecho algo para que no sucediese?”, “¿Por qué tengo que resignarme?”, “¿Qué mal he hecho yo*

para merecer esto?". Surge, imperativa, una pregunta que reclama de nosotros una respuesta: "*¿Está el Señor entre nosotros o no?*" (cf. Éxodo 17, 7). Y, a veces, el silencio elocuente, el acompañamiento cercano, la mirada empática, la caricia afectuosa, la visita domiciliaria, el diálogo sincero, la escucha sin prisas, la oración cordial, la carta escrita pausadamente, la llamada telefónica realizada con interés, y el gesto amoroso, por ejemplo, se agradecen más y son más efectivos que ciertas palabras espontáneas, sobre todo si son de compromiso o desacertadas. Y en esto, a los cristianos nos queda pendiente un largo aprendizaje.

Por el bien de las personas con las que nos relacionamos personal o pastoralmente, hemos de tener asumido desde nuestra condición de cristianos que la realidad terrena tiene una justa autonomía, que las cosas creadas y la sociedad misma gozan de propias leyes y valores, a la vez que la realidad creada depende de Dios y que los hombres están referidos a Él, ya que la criatura sin el Creador desaparece, y por el olvido de Dios la propia criatura queda oscurecida (GS 36). Dicho de modo coloquial: Dios no se levanta por las mañanas para dar cuerda al reloj de la vida un día más, ni con la intención de fastidiar a algunos por su mal comportamiento, ni tampoco para activar un virus que tenga en jaque a la humanidad entera por sus efectos devastadores. Dios respeta la autonomía de lo temporal, a la vez que está siempre dispuesto para ayudarnos con su gracia a comprender las situaciones que nos parecen adversas a la luz de su misterio pascual, y a vivirlas con fe y esperanza cristianas.

La trama de la vida humana se teje con dos realidades: el amor y la gracia de Dios, por una parte, y la libertad y la confianza del hombre en Él por otra. Dios no solo nos ha creado y redimido por amor, también por su amor providencial nos conserva. La esencia de su ser es el amor, y la finalidad de ese amor es mantener en nosotros su vida divina. Por eso, su manifiesta bondad aleja de nosotros el temor, sabiendo que "*a los que aman a Dios todo les sirve para el bien*" (cf. Romanos 8, 28), y que "*un sufrimiento liviano y pasajero produce un inmenso caudal de gloria*" (cf. 2 Corintios 4, 16-18).

La salvación se ha realizado en la historia y en la historia —tanto universal como particular, sin identificarlas ni disociarlas— podemos descubrir la manifestación salvífica de Dios. Así, todos los que formamos parte de la Iglesia estamos llamados a escrutar, discernir e interpretar —con sus dificultades y tentaciones— los signos de los tiempos (Mateo 16, 3b), los que dan testimonio de Dios y los que son una negación o un obstáculo en su plan de salvación. Ante nosotros se presenta un desafío de permanente discernimiento creyente de la historia y la apasionante tarea de escuchar los ecos de la voz de Dios en su propio devenir, con el fin de encontrar caminos para la misión y responder a los interrogantes del mundo actual, sirviendo así al Reino de Dios, del cual la Iglesia es sacramento.

Dicen que la pandemia que tanto nos ha conmocionado modificará necesariamente el modelo de convivencia social en el futuro. Esto nos obligará a todos, y de modo particular a los presbíteros, a cambiar también nuestra visión del ministerio en lo concerniente a la misión y a la acción pastoral, con sus consecuencias prácticas, como hemos venido reflexionando en los últimos objetivos pastorales diocesanos.

Esto supone aceptar el reto de una profunda y sincera conversión, entendida como una transformación radical y total, a nivel personal, comunitario y pastoral. Y también, asumir el desafío de interpretar los hechos históricos significativos a la luz de la fe, y de encarar desde ella las conversaciones y los debates que cuestionan tantas veces la fe y solicitan de nosotros una respuesta. Dios nos ayudará con sus dones, como siempre, en esta hermosa tarea.

TEXTOS

Romanos 8, 31-39

“Después de esto, ¿qué diremos? Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Dios es el que justifica ¿Quién condenará? ¿Acaso Cristo Jesús, que murió, más todavía, resucitó y está a la derecha de Dios y que además intercede por nosotros? ¿Quién nos separará del amor de Cristo?, ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada?... Pero en todo esto vencemos de sobra gracias a aquel que nos ha amado. Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor”.

Marcos 4, 35-41

“Aquel día, al atardecer, les dice Jesús: «Vamos a la otra orilla». Dejando a la gente, se lo llevaron en barca, como estaba; otras barcas lo acompañaban. Se levantó una fuerte tempestad, y las olas rompían contra la barca hasta casi llenarla de agua. Él estaba en popa, dormido sobre un cabezal. Lo despertaron diciéndole: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?». Se puso en pie, increpó al viento y dijo al mar: «¡Silencio, enmudece!». El viento cesó y vino una gran calma. Él les dijo: «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Se llenaron de miedo y se decían unos a otros: «¿Pero, quién es este? ¡Hasta el viento y el mar lo obedecen!»”.

Gaudium et spes, 4

“Para cumplir esta misión es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los permanentes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas. Es necesario por ello reconocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza”.

Gaudium et spes, 11

“El pueblo de Dios, movido por la fe, que le impulsa a creer que quien lo conduce es el Espíritu del Señor, que llena el universo, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia de Dios. La fe todo lo ilumina con nueva luz y manifiesta el plan divino sobre la entera vocación del hombre”.

Gaudium et spes, 44

“Es propio de todo el Pueblo de Dios, pero principalmente de los pastores y de los teólogos, auscultar, discernir e interpretar, con la ayuda del Espíritu Santo, las múltiples voces de nuestro tiempo y valorarlas a la luz de la palabra divina, a fin de que la Verdad revelada pueda ser mejor percibida, mejor entendida y expresada en forma más adecuada”.

Francisco, Evangelii gaudium, 51

“Aliento a todas las comunidades a una «siempre vigilante capacidad de estudiar los signos de los tiempos» (cf. Pablo VI, Ecclesiam suam, 19). Se trata de una responsabilidad grave”.

Francisco, Evangelii gaudium, 108

“Invito a las comunidades a completar y enriquecer estas perspectivas a partir de la conciencia de sus desafíos propios y cercanos. Espero que, cuando lo hagan, tengan en cuenta que, cada vez que intentamos leer en la realidad actual los signos de los tiempos, es conveniente escuchar a los jóvenes y a los ancianos..., no nos quedemos anclados en la nostalgia de estructuras y costumbres que ya no son cauces de vida en el mundo actual”.

PREGUNTAS

- Personal: A la luz de lo expuesto, ¿en qué facetas personales he de centrar mi conversión sincera y radical?
- Pastoral: ¿En qué he de modificar mi visión (teoría) y mi acción (práctica) respecto a la presencia de Dios en mi historia personal y en la historia de los demás?
- Comunitaria: ¿Qué acciones propongo, a nivel grupal, comunitario, parroquial o arciprestal, para que tanto los cercanos como los alejados tengan una profunda experiencia de la presencia amorosa de Dios en sus vidas?

Tema | **2**

**LA ESPERANZA EN CRISTO, TAMBIÉN EN LA
OSCURIDAD**

Emilio-José Justo Domínguez



2 LA ESPERANZA DE CRISTO, TAMBIÉN EN LA OSCURIDAD

La oscuridad que envuelve en algunos momentos a la humanidad y a cada persona es desconcertante. Hay tiempos en los que sufrimos dolor, soledad, sinsentido, falta de fe. Esas experiencias jalonan nuestra vida con un punto de dramatismo y desafían nuestra fe y nuestra esperanza. La crisis mundial que se está viviendo provocada por la pandemia de coronavirus nos pone en una situación colectiva de oscuridad. Ciertamente, en la humanidad hay muchos elementos luminosos; pero el desconcierto, la inseguridad y el miedo se han intensificado colectivamente, aunque también se da una cierta banalización de la crisis en algunos ámbitos. La misma Iglesia ha quedado, en gran parte, desconcertada por el desafío que ha supuesto para su vida ordinaria y para su misión. ¿Se puede tener esperanza cuando la oscuridad cae sobre nosotros, sobre la sociedad, sobre la Iglesia? ¿Cómo confiar y tener ilusión cuando surgen tantas situaciones difíciles, tantos sufrimientos, tantas dimensiones de una crisis compleja; cuando se presenta un futuro tan incierto y lleno de peligros? ¿Puede la Iglesia seguir anunciando el amor de Dios e invitando a la fe?

La esperanza es una virtud para tiempos difíciles, porque curte en el aguante y genera compromiso. A veces se dice que la esperanza es lo último que se pierde, dando a entender que se mantiene aun cuando todo parezca perdido. Pero el vacío no puede fundar una auténtica esperanza. Solo se puede esperar cuando se toca algo real y cuando se tiene algún apoyo vital. Aquellos discípulos que iban a Emaús después de la muerte de Jesús parece que perdieron la esperanza que habían puesto en Él: “Nosotros —dicen— esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió” (Lc 24,21). Sin embargo, sin darse cuenta en ese momento, mientras van escuchando las palabras de Jesús y con su compañía, sienten arder de nuevo su corazón y recobran la esperanza; entonces, se ponen en camino hacia la comunidad (cf. v. 32-35). Hay alguien real a su lado que toca su corazón con su presencia y con su palabra. Esa realidad hace renacer su esperanza, la apoya y la sostiene.

En la vida cristiana la esperanza se apoya en el encuentro con Cristo. Él está presente en su Iglesia y acompaña a las personas. Por eso, podemos esperar. Su resurrección suscita la esperanza, porque da sentido a su camino de cruz y porque planta en el mundo la fuerza de la vida de Dios. Jesús vivió la oscuridad y la muerte, pero las traspasó iluminándolas con la victoria de su resurrección. El sentido del mundo y de la vida humana no se encuentra en la noche y en el mal que padecemos. Hay una fuerza de vida que transforma la realidad. Podemos tener esperanza en el sentido de la vida que se transparenta en Jesús resucitado. El mal no tiene la

victoria. Con su resurrección Cristo ha puesto en el mundo una luz que transfigura el dolor y la muerte. La vida con Dios ofrece un sentido y una fuerza para vivir el misterio del dolor acompañados por Cristo resucitado y para afrontar los momentos de crisis. Poner la esperanza en Cristo resucitado no nos ahorra el sufrimiento y ciertas angustias; significa confiar en Él, sabernos acompañados e iluminados para discernir en los momentos difíciles.

El camino pascual de Cristo lanza una luz sobre nuestro camino de cruz y sobre el misterio de la muerte. Además, es posible la esperanza porque Él está resucitado a nuestro lado y nos muestra su amor. San Pablo vincula la esperanza al amor que el Espíritu Santo pone en nuestros corazones (cf. Rom 5,5). Este amor se ha manifestado en el don de sí mismo que Cristo realizó de forma absolutamente gratuita: “Dios nos mostró su amor en que, siendo nosotros todavía pecadores, Cristo murió por nosotros” (v. 8). La experiencia creyente de sabernos amados por Jesús hace brotar la esperanza. Estamos bendecidos y protegidos por Él, que camina a nuestro lado. Si sentimos su presencia y su amor, podemos tener esperanza para caminar y acoger su luz en medio de la oscuridad.

Este amor de Cristo nos compromete a seguirlo y a amar como Él. La esperanza no es solo aguante y confianza; es una virtud que nos pone en acción. Quien tiene esperanza se compromete a vivir el camino de Jesús y a amar a los demás. En momentos de oscuridad y de crisis, el que tiene esperanza trabaja con inteligencia y con decisión para mitigar sufrimientos, para solucionar problemas, para ayudar a quienes lo necesitan. La esperanza en Cristo se vive en la caridad, buscando la comunión en la Iglesia, favoreciendo el bien común en la sociedad y ayudando a los que más sufren.

Una Iglesia que tiene su esperanza puesta en Cristo resucitado vive volcada hacia los necesitados y pone su prioridad en la caridad. Se entrega, amando como Cristo, y está despierta para descubrir los signos de la presencia de Dios y sus llamadas, quizá sorprendentes y renovadoras, en el momento presente. La esperanza nos lleva a levantar el ancla de formas eclesiales y pastorales agotadas —y puede ser que algunas no evangélicas— y a navegar hacia una verdadera renovación que tenga en Cristo su centro y su fuerza.

TEXTOS

Lc 24, 13-35. Esperábamos que Él iba a liberar a Israel

“Aquel mismo día, dos de ellos iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar

con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. El les dijo: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?». Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?». Él les dijo: «¿Qué?». Ellos le contestaron: «Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron». Entonces él les dijo: «¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?». Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?». Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan”

Rom 5, 1-9. La esperanza no defrauda

“Así pues, habiendo sido justificados en virtud de la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo, por el cual hemos obtenido además por la fe el acceso a esta gracia, en la cual nos encontramos; y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Más aún, nos gloriamos incluso en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia, la paciencia, virtud probada, la virtud probada, esperanza, y la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado. En efecto, cuando nosotros estábamos aún sin fuerza, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos; ciertamente, apenas habrá quien muera por un justo; por una persona buena tal vez se atrevería alguien a morir; pues bien: Dios nos demostró su amor en que, siendo

nosotros todavía pecadores, Cristo murió por nosotros. ¡Con cuánta más razón, pues, justificados ahora por su sangre, seremos por él salvados del castigo! Si, cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón, estando ya reconciliados, seremos salvados por su vida!”

Benedicto XVI, *Salvados en la esperanza*, 30 de noviembre de 2007, n. 31.
La gran esperanza solo puede ser Dios

“Nosotros necesitamos tener esperanzas —más grandes o más pequeñas—, que día a día nos mantengan en camino. Pero sin la gran esperanza, que ha de superar todo lo demás, aquellas no bastan. Esta gran esperanza solo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar. De hecho, el ser agraciado por un don forma parte de la esperanza. Dios es el fundamento de la esperanza; pero no cualquier dios, sino el Dios que tiene rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto. Su reino no es un más allá imaginario, situado en un futuro que nunca llega; su reino está presente allí donde Él es amado y donde su amor nos alcanza. Solo su amor nos da la posibilidad de perseverar día a día con toda sobriedad, sin perder el impulso de la esperanza, en un mundo que por su naturaleza es imperfecto. Y, al mismo tiempo, su amor es para nosotros la garantía de que existe aquello que solo llegamos a intuir vagamente y que, sin embargo, esperamos en lo más íntimo de nuestro ser: la vida que es ‘realmente’ vida”.

PREGUNTAS

- Mirando la realidad de mi vida y la situación en la que vivo, ¿dónde tengo puesta mi esperanza? ¿En quién confío y me apoyo?
- ¿Hay signos de esperanza en la acción de la Iglesia, en las actitudes que vivimos y en las actividades que realizamos? ¿Cómo podemos ser testigos de la resurrección de Jesús en nuestra situación actual?
- Nuestra diócesis, nuestra parroquia, nuestra comunidad, ¿están centradas en Cristo resucitado y ponen en Él su esperanza? ¿Qué hay que cuidar para vivir como comunidades de amor y para ejercitar la caridad como prioridad?

Tema | 3

ACOMPañAR A LA COMUNIDAD CRISTIANA EN ESTA HORA DE DIOS. MÁS ALLÁ DEL INDIVIDUALISMO: Ni tú ni yo somos nadie, si tú y yo no somos nosotros

Juan-Luis Martín Barrios



3 ACOMPAÑAR A LA COMUNIDAD CRISTIANA EN ESTA HORA DE DIOS. MÁS ALLÁ DEL INDIVIDUALISMO: Ni tú ni yo somos nadie, si tú y yo no somos nosotros

Siempre que la humanidad entra en una encrucijada de esas que divide la historia, se plantea el problema de relación entre la naturaleza y la gracia, entre la antropología y la escatología, entre la Iglesia y el mundo. Así lo vivieron y plantearon san Agustín, Martín Lutero, san Ignacio de Loyola, san Juan XXIII y tantos otros. En los primeros compases del tercer milenio, sorprendidos ahora por la pandemia Covid-19, cuando nos creíamos bien seguros en la llamada sociedad del “bienestar” nos sentimos seriamente amenazados por tres profundas crisis: la de la salud y sus secuelas, la del trabajo y sus consecuencias, la del sentido de la vida y sus derivados.

En cada una de las encrucijadas de la historia ha surgido un modelo de cultura que ha segregado un tipo de personalidad. A principios del s. XX, por ejemplo, cobró relieve la personalidad histérica, estudiada por el psicoanálisis; en la época de la guerra europea del `39, se genera la personalidad autoritaria, que tiene su auge en el régimen nazi; en la postguerra, emerge con fuerza la personalidad depresiva, caracterizada por el oscurecimiento del sentido y el debilitamiento de la voluntad de vivir; en la actual sociedad postindustrial y postmoderna, florece la personalidad narcisista, de la que formamos parte. Ahora con la llegada del coronavirus, que nos afecta a todos, parece hacerse realidad aquella visión de Nabucodonosor sobre el gigante con pies de barro y que adecuadamente interpreta el profeta Daniel (Dn 2,31-45). Aunque, a ser verdad, en estos momentos de zozobra, nos vienen mejor las palabras de Jesús: “No tengáis miedo. Soy yo” (Jn 6,20). Volviendo a las raíces de la experiencia cristiana, nos podemos preguntar: “¿Qué debemos hacer, hermanos?... Y todos los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común” (Hch 2, 37-44). La situación crítica en que nos encontramos nos impulsa a ir a las fuentes de nuestra fe (=tiempo de lo esencial, de ir al manantial) para hacernos discípulos y testigos del Dios de Jesucristo de una forma más decidida y radical.

En nombre de Jesús y alentados por su Espíritu Santo acogemos este tiempo de gracia con los mismos sentimientos de aquellos cristianos de la primera hora de la iglesia en el deseo de vernos, encontrarnos y acompañarnos. Pero ¿cómo acompañar a la comunidad cristiana hoy y, en ella y desde ella, a todos los hombres y mujeres nuestros hermanos? El acompañamiento, ministerio de ayuda, pertenece al ADN de la Iglesia y está en el DNI de los discípulos del Señor.

En este contexto social y humanitario, siguiendo las directrices de las autoridades correspondientes, se han cerrado los templos, pero no las

iglesias, que han permanecido abiertas como esas fuentes públicas donde todos tienen derecho a beber. Contexto en el que hemos aprendido a conjugar mejor dos verbos fundantes en la vida cristiana: creer y crear. Mucha creatividad para mantener la fe, alentar la esperanza y activar la caridad. Los medios tan diversos y plurales que nos ofrece la tecnología moderna han sido valiosos instrumentos que han vehiculado las relaciones humanas en nuestras comunidades. En muchos agentes de pastoral, sacerdotes, laicos y consagrados, ha aflorado lo mejor de sí mismos para que el rumor de Dios se sienta, para que la luz de Jesús resplandezca y para que el aliento del Espíritu Santo anime, fortalezca y abra caminos. Todos hemos aprendido a valorar lo que nos faltaba: frente al confinamiento, la necesidad de encuentro; frente a la soledad, el deseo de compañía; frente a la solitariedad, la apuesta de solidaridad; frente al individualismo, el favor de la fraternidad.

Y en estas circunstancias muchos nos hemos preguntado: ¿qué nos quiere decir Dios en este momento? ¿cómo rastrear en los hechos que vivimos los acontecimientos en los que Dios manifiesta su voluntad? Por la acción del Espíritu Santo en su Iglesia y en cada uno de los bautizados, pensamos que un signo de estos tiempos es el don del acompañamiento, don que todos estamos llamados a hacer tarea en la vida cotidiana de las comunidades cristianas en los pueblos y ciudades. Acompañar requiere disponibilidad para hacer juntos un tramo del camino, entablar una relación significativa y sentarnos en torno a una mesa para compartir, crecer y renovarnos. Esto es sinodalidad. En este sentido de crecimiento y renovación, pensamos en las parroquias, unidades de acción pastoral, comunidades de consagrados/as, matrimonios y familias cristianas como espacios en los que, día a día, la Iglesia se hace madre que engendra y educa a los hijos; se hace mesa familiar en la que alimenta con los sacramentos, en especial, con la Eucaristía; vive como comunidad orante; se hace hermana por el compartir de la misma vida y misión; se hace servidora por la cercanía a los problemas de la gente; se hace sanadora en el dolor, esperanza en la muerte, posada para el que pasa, casa para el que llega y fiesta para la alegría de todos.

Dios acompañó a su pueblo y entretejió con él, en él y a pesar de él, una Historia de Amor, la Historia de Salvación. Lo acompañó siempre de manera constante, íntegra y cordial. Jesús acompañó al grupo de sus discípulos compartiendo con ellos vida y misión todos los días. De la experiencia de acompañamiento de Dios con su pueblo y de Jesús con sus discípulos, la Iglesia, atenta a los signos de los tiempos, continúa acompañando en cada lugar y circunstancia a los hombres y mujeres en su peregrinar en medio del mundo. Así lo hace cotidianamente con niños, jóvenes y adultos en sus procesos de iniciación y maduración cristiana; lo hace con matrimonios y familias para ayudarles a vivir la encarnación del amor, expresión del amor de Dios; lo hace con ancianos y enfermos

ofreciéndoles el gozo en la cercanía y el óleo de la sanación; lo hace con los laicos, consagrados/as y presbíteros participando con ellos en su identidad, vocación y misión propias. Todos necesitamos de todos, necesitamos acompañarnos para crecer como personas y madurar como creyentes. Para ello conviene que reavivemos en nosotros la sinodalidad, pues solo así la Iglesia será fermento generador y regenerador de una nueva humanidad.

Viendo y sintiendo la conveniencia y necesidad del acompañamiento, ¿cómo hacerlo afectiva y efectivamente posible en la vida ordinaria de nuestras comunidades? Partimos de un principio sencillo: viviendo el espíritu de las bienaventuranzas y practicando las obras de misericordia. Desde dicho principio nos atrevemos a ofrecer, entre otras posibles, cinco pistas para el camino:

a) Siempre y en todo, el testimonio de vida personal teniendo los pies en el suelo y los ojos en el cielo, es decir, la oración de alabanza, bendición y súplica al Señor, por un lado; la mano abierta y tendida a los hermanos, especialmente a los necesitados de cualquier clase y condición, por otro. Hemos aprendido que el segundo mandamiento es igual que el primero.

Así favorecemos una comunidad cristiana como lugar de referencia de vida, relación personal y hospital de campaña.

b) Manteniendo vivas, en forma y fondo, pero con creatividad, las cuatro funciones eclesiales al servicio del reino de Dios y las acciones correspondientes que de ellas dimanar: la Palabra (anuncio, catequesis, predicación), la Liturgia (oración, celebraciones, fiestas), la Comunión (fraternidad, comunicación, unidad) y el Servicio (caridad, liberación, solidaridad).

Así favorecemos una comunidad cristiana como lugar de reunión y encuentro donde sentirse envueltos en aquello que creemos y celebramos, poniendo alma en lo que somos y hacemos.

c) Acentuar, con creatividad, dichas funciones eclesiales siguiendo el itinerario del Año Litúrgico (por ej. lectura de la Palabra de Dios según el método de lectio divina en Adviento y Cuaresma; poner en casa signos de fiesta en Pascua y Navidad), procurando encuentros on-line o semipresenciales y, a ser posible, presenciales en el domingo y en las fiestas más significativas de los misterios cristianos.

Así favorecemos una comunidad cristiana como lugar de irradiación de vida, de fuerza y acción.

d) Desde la experiencia de este tiempo de pandemia, prepararnos para usar adecuadamente las diversas redes sociales que nos ofrecen tantas posibilidades de cercanía y acompañamiento. A través de ellas se pueden ofrecer reflexiones, plegarias, celebraciones diversas, especialmente la eucaristía, o se pueden idear formas para que los interlocutores no

pierdan el humor, mantengan la esperanza y aviven la relación interpersonal.

Así favorecemos una comunidad cristiana como lugar de comunicación y encuentro.

e) Posibilitar la sinodalidad en las comunidades. En esta hora de Dios precisamos poner en común cuanto somos y tenemos al servicio de la evangelización. Pues, como dice santa Isabel de la Trinidad, “a la luz de lo eterno se ven las cosas en su verdad” y desde la experiencia vivida vemos como dependemos unos de otros y solo juntos podremos afrontar el futuro sin dejar excluidos a nadie.

Así favorecemos una comunidad cristiana como lugar de comunión y corresponsabilidad, donde todos los bautizados vivimos y caminamos con Jesús y juntos ofrecemos su evangelio de salvación a todos.

TEXTOS

Éxodo 3,7-10

Y añadió: **«Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob»**. Moisés se tapó la cara, porque temía ver a Dios. El Señor le dijo: **«He visto la opresión de mi pueblo en Egipto y he oído sus quejas contra los opresores; conozco sus sufrimientos. He bajado a librarlo de los egipcios, a sacarlo de esta tierra, para llevarlo a una tierra fértil y espaciosa, tierra que mana leche y miel, la tierra de los cananeos, hititas, amorreos, perizitas, heveos y jebuseos. El clamor de los hijos de Israel ha llegado a mí y he visto cómo los tiranizan los egipcios. Y ahora marcha, te envío al faraón para que saques a mi pueblo, a los hijos de Israel»**.

Lucas 24,13-31

Aquel mismo día, dos de ellos iban camino de una aldea llamada Emaús, distante unas dos leguas de Jerusalén, y conversaban de todo lo que había sucedido. **Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos, pero algo en sus ojos les impedía reconocerlo.**

Él les preguntó:

- ¿Qué conversación es esa que os traéis por el camino?

Se detuvieron cariacontecidos, y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le replicó:

- ¿Eres tú el único de paso en Jerusalén que no se ha enterado de lo ocurrido estos días en la ciudad?

Él les preguntó:

- ¿De qué?

Contestaron:

- De lo de Jesús Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron, cuando nosotros esperábamos que él fuese el liberador de Israel. Pero, además de todo eso, con hoy son ya tres días que ocurrió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han dado un susto: fueron muy de mañana al sepulcro y, no encontrando su cuerpo, volvieron contando que incluso habían tenido una aparición de ángeles, que decían que está vivo. Algunos de nuestros compañeros fueron también al sepulcro y lo encontraron tal y como habían dicho las mujeres, pero a él no lo vieron.

Entonces Jesús les replicó:

- ¡Qué torpes sois y qué lentos para creer en todo lo que dijeron los profetas!

¿No tenía el Mesías que padecer todo eso para entrar en su gloria?

Y, tomando pie de Moisés y los profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura.

Cerca ya de la aldea adonde iban, hizo ademán de seguir adelante, pero ellos le apremiaron diciendo:

- Quédate con nosotros, que está atardeciendo y el día va ya de caída.

Él entró para quedarse con ellos. **Estando recostado con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo ofreció. Se les abrieron los ojos y lo reconocieron,** pero él desapareció de su vista.

Evangelii Gaudium 169

“En una civilización paradójicamente herida de anonimato y, a la vez obsesionada por los detalles de la vida de los demás, impudorosamente enferma de curiosidad malsana, la Iglesia necesita la **mirada cercana** para contemplar, conmovirse y detenerse ante el otro, cuantas veces sea necesario. En este mundo los ministros ordenados y los demás agentes pastorales pueden **hacer presente la fragancia de la presencia cercana de Jesús y su mirada personal.**

La Iglesia tendrá que iniciar a sus hermanos —sacerdotes, religiosos y laicos— en este «**arte del acompañamiento**», para que todos aprendan siempre a quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro (cf. Ex 3,5).

Tenemos que darle a nuestro caminar el ritmo sanador de proximidad, **con una mirada respetuosa** y llena de compasión pero que al mismo tiempo sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana”.

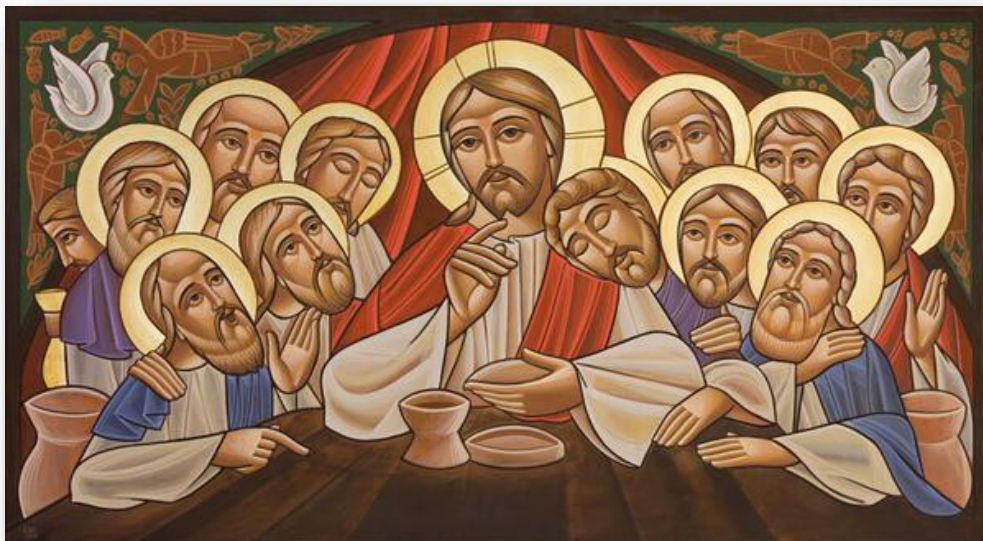
PREGUNTAS

- Personal: Realiza una monografía personal (en doble dirección) de la experiencia que tienes como acompañado y como acompañante, indicando aquellos aspectos que más te han ayudado a crecer como persona y madurar como creyente.
- Pastoral: ¿Qué te aporta este servicio de acompañamiento en tu realización a nivel humano, espiritual y pastoral como presbítero, consagrado/a o laico/a? ¿Puedes hacer una propuesta concreta y práctica según tu estado?
- Comunitaria: Mirando la realidad de las parroquias a las que sirves (presbíteros), a la comunidad religiosa que perteneces (consagrados/as) y a la familia de la que formas parte (laicos), reaviva el ministerio del acompañamiento. Reflexiona en común sobre cómo acompañar hoy las diversas situaciones de grupos parroquiales, cómo acompañarse en las comunidades religiosas y como acompañarse en las familias entre el matrimonio y con los hijos. Propóntelo, propónselo.

Tema | **4**

**LA EUCARISTÍA, FUENTE Y CULMEN DE LA VIDA DE LA
IGLESIA**

Francisco García Martínez



4 LA EUCARISTÍA, FUENTE Y CULMEN DE LA VIDA DE LA IGLESIA

Los siguientes apuntes no serán un mini tratado sintético de lo que es la eucaristía, sino pretenden apuntar algunas de sus dimensiones que hoy creemos importante subrayar, profundizar y reconstruir en la celebración.

1. La eucaristía es una **CELEBRACIÓN**. Uno más de los ritos celebrativos que ocupan nuestra vida. Por tanto, en cuanto celebración nos recuerda una bendición que reconocemos, que nos alegra, y que podemos identificar viva entre nosotros. Como toda celebración puede renovarnos porque nos hace reconocer algo bueno y alegrarnos por ello, incluso, y quizá, sobre todo, cuando nuestra vida esté herida por otras cosas. Esto significa que no es necesario celebrar en estado de exaltación permanente, pero sí de alegría por poder hacerlo. Siendo esta celebración la central de la vida cristiana es necesario preguntarse de continuo: ¿Qué celebramos en ella que es una bendición permanente pese a todos los problemas y sufrimientos de la vida, más aún, que es una bendición en medio de ellos?

2. La eucaristía es un **MEMORIAL**. A través de la escucha de la Palabra de Dios y de los gestos rituales se nos ofrece la actuación de Dios en la creación y en la historia a través de los siglos y cómo finalmente nos ha ofrecido todo su ser y sus bienes en la vida, muerte y resurrección de su Hijo. Esta actuación global nos envuelve en el rito como una parábola para que nosotros podamos aprender a situar nuestra vida en la verdad que nos salva. La eucaristía es así el lugar donde adquirimos la perspectiva de la verdad de Dios que nos acompaña desde los inicios, y de la verdad del ser humano salvado y conducido por Él hasta su plenitud.

3. La eucaristía es **PRESENCIA** de Cristo entre nosotros, presencia de Dios ante nosotros, presencia del Espíritu en nosotros. Todo en ella, no solo la consagración, sucede habitado por Dios mismo. No es que Cristo venga a la eucaristía desde otro sitio y aterrice en el pan y en el vino transformándose en ellos o convirtiéndolos aisladamente en él mismo, sino que en ella Cristo expresa “en palabras y gestos” lo que fue y es eternamente. Se expresa como don de Dios que nos hace partícipes de su misma vida de amor, haciéndolo actual para nosotros que lo celebramos, porque él mismo es actualidad permanente de la palabra dirigida a todos, de su vida ofrecida por todos. Hemos de hablar pues de presencia en las especies eucarísticas (de transustanciación de las mismas, pero también transustanciación de la palabra proclamada, y de la necesaria y progresiva

transustanciación del cuerpo eclesial que celebra (“Conviértete en lo que recibes”, san Agustín).

4. Por ser presencia, la eucaristía es un **ENCUENTRO**. Y por eso requiere atención, predisposición, disponibilidad para la relación con Dios. No basta saber que ahí pasa algo sagrado, es necesario que el que participa sepa y acepte que ahí Dios/Cristo le sale al encuentro y le llama. Y que como Abraham, Moisés, Samuel, Isaías, María o Cristo mismo diga: *¡Hinnenil, ¡aquí estoy!*, preparándose para un diálogo confiado y obediente de vida. No basta pues la voluntad de “ir a misa”, es necesaria la voluntad de convertir la misa en un encuentro de vida, más allá de que a veces este encuentro sea monótono, seco, distante o incluso tenso.

5. La eucaristía es lugar de **UNIFICACIÓN** de la vida. En ella toda nuestra vida, con sus anhelos y sus decepciones, con sus logros y sus fracasos, con sus alegrías y sufrimientos es acogida en el altar por Cristo mismo para unirla y transformarla en su propio cuerpo. De esta forma lo que al mirarnos a nosotros mismos a veces nos parece una vida pobre, dispersa, descentrada, perdida es acogida por él en su mismo cuerpo para ser renovada, adquirir sentido y belleza, orientación y finalidad, esto es, para participar filialmente de la gloria del amor de Dios.

6. Además, la eucaristía es el espacio de la **COMUNIÓN**. Al ser atraídos por la palabra de Dios proclamada y acogidos luego en el altar por su Hijo, todos los que participamos en ella, somos vinculados a un mismo cuerpo, el de Cristo. La eucaristía nos hace a todos uno con Cristo en quien fuimos creados y nos obliga a una comunión donde nadie sobre y nadie falte, donde nadie esté en necesidad de bienes o afectos (1 Cor 10, 17). Por esto, porque la eucaristía es lugar de unificación y comunión, comulgar no es simplemente un acto individual de un momento puntual que uno puede hacer si no ha pecado mucho, sino un acontecimiento a través del cual Cristo nos va uniendo a él y a los demás, nos va haciendo hijos de Dios y hermanos entre nosotros.

7. En la eucaristía la comunidad se convierte junto a Cristo en **ALABANZA** de la gloria de Dios (Ef 1, 6.14). Alabamos celebrando que Dios nos ha dado todo lo que tenía, a su Hijo, como lugar para que nuestra vida se injerte en él y podamos vivir con esperanza frente a los poderes del mal y la muerte. Por eso antes que un lugar de petición la eucaristía es un lugar de alabanza y acción de gracias, incluso cuando sentimos que nuestra vida está incompleta o perdida como la de Cristo en la cruz. Este es el sentido por el que se invita a todo el pueblo de Dios a no dejar nunca de expresar en viva voz, y si es posible con cantos, el *aleluya* cuando se va a proclamar un evangelio que sabemos que nos salva, el *santo* después de escuchar en el prefacio lo que Dios ha hecho por nosotros, y el *amén* de la doxología que nos sitúa en el interior del misterio eterno del amor de Dios. Cristo se une a nosotros y nos invita a dar gracias incluso cuando tenemos delante

la muerte, como hizo él mismo en la cena de despedida, porque en la eucaristía celebramos que nada nos puede separar del amor de Dios.

8. En la eucaristía los creyentes se contagian del deseo de Dios que quiere “que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de su amor por ellos” (1 Tim 2, 1-6), y expresan este deseo en forma de **INTERCESIÓN**. Uniéndose a la oración de Cristo que quiere que todos sean uno en el reino de Dios que anuncia (“reino de verdad y vida, de santidad y gracia, de justicia, amor y paz”), no deja fuera de la celebración “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de su tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren” (GS 1), haciéndolos suyos porque Cristo las asumió en su propia humanidad (Mt 25, 31-47). Pero antes el creyente debe situarse ante Dios en actitud de obediencia para que venga ese Reino (“hágase tu voluntad”, decimos), para que su plegaria por los demás no se convierta en palabras de apariencia espiritual con las que sin embargo se lava las manos. Dentro de la plegaria eucarística, con fórmulas estandarizadas, y en la oración de los fieles, concretando las peticiones, la Iglesia levanta su oración por todos pidiendo al Señor que actúe y ofreciéndose a colaborar con esa actuación.

9. La **HOSPITALIDAD** es una dimensión transversal de la eucaristía, porque en ella todos deben sentirse acogidos. La eucaristía manifiesta sacramentalmente la mesa abierta del corazón de Dios para todos sus hijos. Por tanto, la celebración debe hacer sentir que uno llega a casa, que vuelve a casa encontrando un sitio que Dios le tiene reservado y que nunca pierde. Y las formas nunca deben contradecir esta verdad. Por eso la celebración debe tener una cierta comodidad física (para encontrarse, sentarse, oír...); debe presidirse con palabras naturales, cercanas y gratas tanto en sus contenidos como en su pronunciación; sus gestos deben expresar el movimiento celebrativo de todos y no solo del sacerdote o de un grupo de iniciados; su ritmo debe hacer que la asamblea pueda participar con sus palabras y sus gestos de forma natural y no al ritmo marcial de quien la preside; sus cantos deben acoger la voz y la vida de todos, y ayudar a abrirse a la presencia acogedora de Dios; y cada uno debe hacer sentir al que tiene a su lado en nombre de Dios que le alegra que esté ahí. Y, por último, que no todos puedan participar en la comunión sacramental, no significa que la eucaristía no esté abierta a todos.

10. Finalmente, la eucaristía debe reflejar la **BELLEZA** del amor de Dios. Todo debe hacer sentir que la Iglesia se ha convertido en la novia del Cordero. Y no se puede despojar a la asamblea de la belleza que le da su Señor como si solo importara la belleza del novio, porque esto es lo contrario de la pretensión de Cristo. La Eucaristía no debe reflejar los gustos estéticos (ni siquiera teológicos) del cura, sino que debe hacerse expresión de la presencia embellecedora de Dios sobre los corazones, los rostros, las relaciones... Donde todos, sorprendidos por el amor de Dios, expresen este encuentro de la forma más hermosa que puedan: en

adornos externos, en oraciones vivas y unificantes, en silencios que llamen a la unidad íntima y en cantos que expresen la súplica o la alegría y la paz recibidas, en gestos relacionales donde aparezca el lado más hermoso de nuestra mirada (el saludo al llegar, el tacto de la paz...). Solo así el Señor será “el más bello de los hombres” en su cuerpo eclesial y no un exhibicionista o un pobre diablo en el cuerpo de su ministro ordenado.

TEXTOS

Isaías 25, 6-8

Preparará el Señor del universo para todos los pueblos, en este monte, un festín de manjares suculentos, un festín de vinos de solera; manjares exquisitos, vinos refinados. Y arrancará en este monte el velo que cubre a todos los pueblos, el lienzo extendido sobre todas las naciones. Aniquilará la muerte para siempre. Dios, el Señor, enjugará las lágrimas de todos los rostros, y alejará del país el oprobio de su pueblo —lo ha dicho el Señor—. Aquel día se dirá: «Aquí está nuestro Dios. Esperábamos en él y nos ha salvado. Este es el Señor en quien esperamos. Celebremos y gocemos con su salvación».

1Corintios 11, 20-26

He oído que cuando se reúne vuestra asamblea hay divisiones entre vosotros [...] Así, cuando os reunís en comunidad, eso no es comer la Cena del Señor, pues cada uno se adelanta a comer su propia cena, y mientras uno pasa hambre, el otro está borracho. ¿No tenéis casas donde comer y beber? ¿O tenéis en tan poco a la Iglesia de Dios que humilláis a los que no tienen? ¿Qué queréis que os diga? ¿Qué os alabe? En esto no os alabo. Porque yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la Acción de Gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía». Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía». Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva. De modo que quien coma del pan y beba del cáliz del Señor indignamente, está bajo el juicio del cuerpo y de la sangre entregada del Señor. Así, pues, que cada cual se examine.

Laudato si', 236

En la Eucaristía lo creado encuentra su mayor elevación. La gracia, que tiende a manifestarse de modo sensible, logra una expresión

asombrosa cuando Dios mismo, hecho hombre, llega a hacerse comer por su criatura. El Señor, en el colmo del misterio de la Encarnación, quiso llegar a nuestra intimidad a través de un pedazo de materia. No desde arriba, sino desde adentro, para que en nuestro propio mundo pudiéramos encontrarlo a él. En la Eucaristía ya está realizada la plenitud, y es el centro vital del universo, el foco desbordante de amor y de vida inagotable. Unido al Hijo encarnado, presente en la Eucaristía, todo el cosmos da gracias a Dios. En efecto, la Eucaristía es de por sí un acto de amor cósmico: «¡Sí, cósmico! Porque también cuando se celebra sobre el pequeño altar de una iglesia en el campo, la Eucaristía se celebra, en cierto sentido, sobre el altar del mundo». La Eucaristía une el cielo y la tierra, abraza y penetra todo lo creado. El mundo que salió de las manos de Dios vuelve a él en feliz y plena adoración. En el Pan eucarístico, «la creación está orientada hacia la divinización, hacia las santas bodas, hacia la unificación con el Creador mismo». Por eso, la Eucaristía es también fuente de luz y de motivación para nuestras preocupaciones por el ambiente, y nos orienta a ser custodios de todo lo creado.

PREGUNTAS

Pequeño test para la autovaloración de la participación personal en la eucaristía

- ¿Me siento en casa en la celebración? ¿Siento que lo que se celebra tiene que ver conmigo?
- ¿A lo largo de la eucaristía me dirijo personalmente a Dios con los ritos y las palabras de la celebración?
- ¿Salgo habitualmente de la eucaristía con esperanza y fortaleza para afrontar mi vida?
- ¿Al celebrar la eucaristía me siento acogido y acompañado por Dios?
- ¿Siento que Dios me habla personalmente cuando escucho las lecturas bíblicas?
- ¿Siento que los otros que celebran a mi lado forman parte de mi vida?, ¿me siento parte de la suya?
- ¿Percibo que el mundo entero con sus problemas y sus esperanzas está de alguna manera presente en la eucaristía? ¿Me doy cuenta de lo que se pide en la oración de los fieles?, ¿hago más las peticiones?
- ¿Siento que la eucaristía refuerza las energías de la misericordia, la solidaridad y el perdón en mí?

- ¿Te planteas alguna vez (seas sacerdote, religioso o laico) cómo mejorar tu participación-implicación en la eucaristía o das por hecho que 'así está bien'?

Tema | 5

LA CARIDAD EN LA VIDA DE LA IGLESIA Y SU EFICACIA PASTORAL

Equipo de Cáritas Diocesana



5 LA CARIDAD EN LA VIDA DE LA IGLESIA Y SU EFICACIA PASTORAL

La caridad es esencial en la vida de la Iglesia y es expresión fundamental de nuestra fe. Todos los cristianos estamos llamados a ser testigos del Amor de Dios en nuestro mundo y a expresarlo y vivirlo en comunidad y personalmente como parte irrenunciable de nuestra fe. Hoy, en esta realidad de post pandemia sanitaria, y de crisis económica y social, estamos llamados a poner en el centro de nuestro hacer la caridad.

Cáritas es la organización oficial de la Iglesia católica que está presente en nuestro mundo con una misión y una identidad común: la opción evangélica preferencial por los pobres desde la caridad y la lucha por la justicia.

Nuestro objetivo principal, es la ayuda al desarrollo integral de la dignidad de todas las personas que se encuentran en situación de precariedad social. Desde Cáritas tratamos de dar respuesta a las realidades de pobreza y exclusión social de nuestra sociedad a través, de la denuncia social, la sensibilización y la lucha contra la pobreza.

Nuestro modelo de sociedad se caracteriza entre otras cosas por su capacidad para generar situaciones de pobreza y exclusión social. La pobreza y la exclusión social hoy en día tienen muchos rostros, la encontramos en personas que quedan al margen de la sociedad o directamente son expulsadas de la misma. Existe una brecha en nuestra sociedad que afecta a muchas personas y hogares, que hace que vivamos en una sociedad desigual y que se den situaciones insolidarias e individualistas.

Tenemos una sociedad envejecida y con gran dificultad de reemplazo, muchos de nuestros mayores están solos y en lugares a los que no llegan muchos servicios. Hoy en día el trabajo no asegura la integración de las personas. La precariedad laboral, la temporalidad y los salarios bajos son las causas por las que se tiene la necesidad de combinar los ingresos procedentes del trabajo con ingresos procedentes de la protección social. Existen dificultades de acceso al empleo para muchas personas, debido a diversas circunstancias y situaciones concretas. Otra forma de vulnerabilidad y pobreza la encontramos en muchas familias que no son capaces de acceder y mantener una vivienda digna. Hay muchas personas y familias que no pueden alquilar una vivienda, hacer frente al pago de los suministros y algunas están pendientes de desahucios.

También en el ámbito de la educación, cabe destacar que muchos niños han bajado su rendimiento escolar. Muchas familias no pueden acceder, ni tienen acceso a las nuevas tecnologías, lo cual hace que aumente el fracaso escolar y la exclusión social que conlleva.

Las adicciones son un problema creciente en estos momentos en nuestra realidad, son muchas las personas que presentan adicciones y también problemas de salud mental, que necesitan ser acogidas y acompañadas con cercanía y profesionalidad.

Nuestro compromiso es trabajar de forma real por lograr un mundo en el que se respeten los derechos humanos, se reduzcan las desigualdades y se cuide la naturaleza.

Trabajamos desde la acogida y el acompañamiento facilitando un apoyo que ayude a cubrir las necesidades básicas de las personas y familias convirtiéndolo en un proceso de acompañamiento orientado a la promoción, la autonomía, la corresponsabilidad y la participación de las personas. En Cáritas la acogida de personas en situación de vulnerabilidad que solicitan algún tipo de ayuda se desarrolla fundamentalmente a través de las Cáritas Parroquiales y de sus equipos de personas voluntarias.

También se trabaja en la atención a los colectivos más vulnerables y excluidos a través de distintos proyectos y acciones que se llevan a cabo para apoyar, acompañar y promocionar la realidad de distintas personas: infancia, juventud, mayores, inmigrantes, parados con dificultades de acceso al empleo o carencias formativas, reclusos y exreclusos, personas sin hogar y drogodependientes.

La pobreza también traspasa fronteras. Desde nuestro hacer en cooperación internacional estamos al servicio de los más vulnerables en cualquier lugar del mundo reforzando nuestro compromiso en la cooperación fraterna, en ese caminar juntos donde compartimos lo que sabemos y tenemos y donde nos acompañamos y ayudamos mutuamente. El sufrimiento de tantos hermanos, de aquí o de allí, no puede dejar indiferente a la comunidad cristiana. Actuar frente a la pobreza en otros países no es solo una tarea más, sino que está íntimamente relacionada con nuestro hacer aquí y con nuestros estilos de vida.

Desde Cáritas también actuamos denunciando las injusticias sociales, profundizando en las causas de la pobreza y haciendo propuestas de alternativas más justas; y desde la sensibilización y la formación, dando a conocer a la comunidad cristiana y al conjunto de la sociedad las situaciones de desigualdad y los efectos de la pobreza tanto en nuestro país como en nuestro mundo.

Nuestra acción incide en las personas, en las comunidades y en las estructuras y procesos sociales. Y apuesta por la transformación integral de todas las dimensiones.

“Cuando Cáritas actúa, es la Iglesia en su totalidad la que sirve. La Iglesia está llamada a ser signo del amor de Dios, especialmente manifestado en los pobres. Para serlo, la comunidad entera ha de

encarnarse y comprometerse con la causa de los más débiles. Generar espacios de acogida, humanización y encuentro no es tarea de unos pocos sino responsabilidad de toda la comunidad. La comunidad cristiana ha de prepararse para la no rentabilidad inmediata, para la inversión en lo "inútil" que la sociedad excluye como sobrante. Se trata de apostar por el valor de todo lo humano" (Modelo de acción social de Cáritas Española).

TEXTOS

Santiago 2, 1-6.8 -9. 14 - 20

Hermanos míos, no mezcléis la fe en nuestro Señor Jesucristo glorioso con la acepción de personas. Suponed que en vuestra asamblea entra un hombre con sortija de oro y traje lujoso, y entra también un pobre con traje mugriento; si vosotros atendéis al que lleva el traje de lujo y le decís: «Tú siéntate aquí cómodamente», y al pobre le decís: «Tú quédate ahí de pie» o «siéntate en el suelo, a mis pies», ¿no estáis haciendo discriminaciones entre vosotros y convirtiéndoos en jueces de criterios inicuos?

Escuchad, mis queridos hermanos: ¿acaso no eligió Dios a los pobres según el mundo como ricos en la fe y herederos del Reino que prometió a los que lo aman? Vosotros, en cambio, habéis ultrajado al pobre. Si cumplís la que, según la Escritura, es la ley regia: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo», hacéis bien; pero si establecéis diferencias entre las personas, cometéis pecado y esa ley os acusa como transgresores.

¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe? Si un hermano o una hermana andan desnudos y faltos del alimento diario y uno de vosotros les dice: «Id en paz, abrigaos y saciaos», pero no les da lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así es también la fe: si no tiene obras, está muerta por dentro. Pero alguno dirá: «Tú tienes fe y yo tengo obras, muéstrame esa fe tuya sin las obras, y yo con mis obras te mostraré la fe». Tú crees que hay un solo Dios. Haces bien. Hasta los demonios lo creen y tiemblan. ¿Quieres enterarte, insensato, de que la fe sin las obras es inútil?

Mateo 25,31 - 46

«Cuando venga en su gloria el Hijo del hombre, y todos los ángeles con él, se sentará en el trono de su gloria y serán reunidas ante él todas las naciones. Él separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras. Y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda.

Entonces dirá el rey a los de su derecha: "Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme". Entonces los justos le contestarán: "Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos, o con sed y te dimos de beber?; ¿cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos?; ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?". Y el rey les dirá: "En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis".

Entonces dirá a los de su izquierda: "Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, fui forastero y no me hospedasteis, estuve desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis". Entonces también estos contestarán: "Señor, ¿cuándo te vimos con hambre o con sed, o forastero o desnudo, o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?". Él les replicará: "En verdad os digo: lo que no hicisteis con uno de estos, los más pequeños, tampoco lo hicisteis conmigo". Y estos irán al castigo eterno y los justos a la vida eterna».

Mensaje del Santo Padre Francisco. III Jornada Mundial de los Pobres. 17 de noviembre de 2019

No hay forma de eludir la llamada apremiante que la Sagrada Escritura confía a los pobres. Dondequiera que se mire, la Palabra de Dios indica que los pobres son aquellos que no disponen de lo necesario para vivir porque dependen de los demás. Ellos son el oprimido, el humilde, el que está postrado en tierra. Aun así, ante esta multitud innumerable de indigentes, Jesús no tuvo miedo de identificarse con cada uno de ellos: «Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25,40). Huir de esta identificación equivale a falsificar el Evangelio y atenuar la revelación. El Dios que Jesús quiso revelar es este: un Padre generoso, misericordioso, inagotable en su bondad y gracia, que ofrece esperanza sobre todo a los que están desilusionados y privados de futuro.

¿Cómo no destacar que las bienaventuranzas, con las que Jesús inauguró la predicación del Reino de Dios, se abren con esta expresión: «Bienaventurados los pobres» (Lc 6,20)? El sentido de este anuncio paradójico es que el Reino de Dios pertenece precisamente a los pobres, porque están en condiciones de recibirlo. ¡Cuántas personas pobres encontramos cada día! A veces parece que el paso del tiempo y las conquistas de la civilización aumentan su número en vez de disminuirlo. Pasan los siglos, y la bienaventuranza evangélica parece cada vez más

paradójica; los pobres son cada vez más pobres, y hoy día lo son aún más. Pero Jesús, que ha inaugurado su Reino poniendo en el centro a los pobres, quiere decirnos precisamente esto: Él ha inaugurado, pero nos ha confiado a nosotros, sus discípulos, la tarea de llevarlo adelante, asumiendo la responsabilidad de dar esperanza a los pobres. Es necesario, sobre todo en una época como la nuestra, reavivar la esperanza y restaurar la confianza. Es un programa que la comunidad cristiana no puede subestimar. De esto depende que sea creíble nuestro anuncio y el testimonio de los cristianos.

La Iglesia, estando cercana a los pobres, se reconoce como un pueblo extendido entre tantas naciones cuya vocación es la de no permitir que nadie se sienta extraño o excluido, porque implica a todos en un camino común de salvación. La condición de los pobres obliga a no distanciarse de ninguna manera del Cuerpo del Señor que sufre en ellos. Más bien, estamos llamados a tocar su carne para comprometernos en primera persona en un servicio que constituye auténtica evangelización. La promoción de los pobres, también en lo social, no es un compromiso externo al anuncio del Evangelio, por el contrario, pone de manifiesto el realismo de la fe cristiana y su validez histórica. El amor que da vida a la fe en Jesús no permite que sus discípulos se encierren en un individualismo asfixiante, soterrado en segmentos de intimidad espiritual, sin ninguna influencia en la vida social (cf. Exhort. ap. Evangelii gaudium, 183).

«La opción por los últimos, por aquellos que la sociedad descarta y desecha» (ibíd., 195) es una opción prioritaria que los discípulos de Cristo están llamados a realizar para no traicionar la credibilidad de la Iglesia y dar esperanza efectiva a tantas personas indefensas. En ellas, la caridad cristiana encuentra su verificación, porque quien se compadece de sus sufrimientos con el amor de Cristo recibe fuerza y confiere vigor al anuncio del Evangelio.

El compromiso de los cristianos, con ocasión de esta Jornada Mundial y sobre todo en la vida ordinaria de cada día, no consiste solo en iniciativas de asistencia que, si bien son encomiables y necesarias, deben tender a incrementar en cada uno la plena atención que le es debida a cada persona que se encuentra en dificultad. «Esta atención amante es el inicio de una verdadera preocupación» (ibíd., 199) por los pobres en la búsqueda de su verdadero bien. No es fácil ser testigos de la esperanza cristiana en el contexto de una cultura consumista y de descarte, orientada a acrecentar el bienestar superficial y efímero. Es necesario un cambio de mentalidad para redescubrir lo esencial y darle cuerpo y efectividad al anuncio del Reino de Dios.

La esperanza se comunica también a través de la consolación, que se realiza acompañando a los pobres no por un momento, cargado de

entusiasmo, sino con un compromiso que se prolonga en el tiempo. Los pobres obtienen una esperanza verdadera no cuando nos ven complacidos por haberles dado un poco de nuestro tiempo, sino cuando reconocen en nuestro sacrificio un acto de amor gratuito que no busca recompensa.

PREGUNTAS

- ¿Cómo me sitúo personalmente ante la realidad de la pobreza y ante las personas concretas que necesitan mi ayuda?
- ¿Qué acciones propongo para mejorar la acción caritativo – social en mi parroquia o grupo?
- Pensemos en acciones concretas para que todos nos sintamos urgidos a llevar a cabo la misión liberadora de Jesús para con los pobres.

Tema | **6**

SANAR HERIDAS, ACOMPAÑAR DUELOS

Dalia Díez Romero



6 SANAR HERIDAS, ACOMPAÑAR DUELOS

La situación vivida durante la pandemia del COVID-19 ha trastocado todo aquello que dábamos por asegurado: nuestra rutina, el trabajo, el contacto con familia y amigos, la forma de vivir la fe, y especialmente la forma de afrontar la enfermedad, la muerte y el duelo.

La situación de aislamiento nos ha puesto en la tesitura de valorar la importancia de la cercanía física, emocional y espiritual en los momentos de sufrimiento, enfermedad y muerte. Personas que han tenido que afrontar en soledad la enfermedad y el proceso de morir; familiares que no han podido acompañar en el dolor y en la despedida a aquellos a quienes amaban y que después no han podido tener el acompañamiento de su comunidad en los ritos funerarios. Esta vivencia deja una profunda marca de soledad, rabia, impotencia y culpa en aquellos que no pudieron estar con sus seres queridos en sus últimos momentos.

Como comunidad cristiana es crucial dar respuesta a esta necesidad. Estar presentes junto a quienes han vivido esta experiencia quizá implique acompañarlos como si de un vía crucis se tratase, asumiendo que cargan con una cruz, ayudándoles a levantarse cuando se caigan, y teniendo la mirada puesta en la esperanza en la resurrección.

Para ello es necesario que como cristianos aportemos nuestro acento particular a la hora de vivir la vida y vivir la muerte. Se trata de dejar atrás las frases hechas y reflexionar sobre los puntos fuertes de nuestra fe cuando se afrontan situaciones tan duras: la fe en Jesucristo como fuente de vida, la esperanza en la resurrección, y el amor de Dios y la fuerza de nuestra comunidad cuando nos amamos unos a otros como Él nos ama.

La forma de entender y vivir la vida favorece o dificulta el proceso de asumir la muerte. El mayor aprendizaje al que nos enfrentamos a lo largo de nuestra vida es precisamente al de aprender a valorar cada momento sabiendo que más pronto o más tarde terminará. Es en ese proceso en el que nos comprometemos a crecer personal y espiritualmente, estando abiertos a la vida que se nos da, los dones que se nos van presentando y tener el coraje de avanzar pese a que ello implica dejar cosas atrás.

Para poder realizar este camino es importante tener en cuenta que este aprendizaje depende de dos claves: la primera es valorar y aceptar lo que llega a nuestra vida, lo que se nos es dado como un regalo y tener el valor de vivirlo plenamente. Es decir, un primer momento de acogida y de agradecimiento por lo que tenemos. Evitar dar las cosas por sentadas y acomodarnos en lo cotidiano, tener en el centro una acción de gracias consciente, profunda y sincera ante los cambios porque son un signo de crecimiento.

La segunda es dejar marchar aquello que termina, ya sea porque finaliza un ciclo en nuestra vida, o por la muerte. Esto implica aprender a soltar, sabiendo que conlleva recorrer un camino en el que tendremos que enfrentarnos a nuestras propias emociones. Ese proceso está marcado por el dolor como síntoma del afrontamiento de las emociones que van surgiendo al elaborar activamente el duelo. Cuando se produce un estancamiento (ya sea por una comprensión distorsionada de la lealtad o por miedo) aparece el sufrimiento. Mientras que el dolor supone avanzar, el sufrimiento es estéril, lleva a la inacción y por ello puede alargarse indefinidamente en el tiempo, apareciendo la creencia de que no hay salida para aquello que se está viviendo.

Sin embargo, asumir el dolor como proceso nos permite ver que todo tiene un sentido; de cada vivencia se puede extraer un aprendizaje, que una vez descubierto y asumido nos permite seguir adelante con agradecimiento y esperanza. En el caso del duelo, hacer frente al dolor nos ayuda a reconocer que somos quienes somos por lo que hemos vivido y por las personas a quienes hemos querido y/o nos han querido, entendiendo que seguir adelante implica integrar pérdidas, renunciaciones, ilusiones, personas o etapas de la vida y quedarnos con lo que aprendimos de ellos y el amor que dimos y recibimos.

William Worden nos habla de cuatro tareas esenciales por las que pasamos cuando elaboramos el duelo: aceptar la realidad de la pérdida, elaborar el dolor del duelo, adaptarse a una nueva realidad sin el fallecido y recolocar emocionalmente al ser querido y seguir viviendo. Cada persona tiene necesidades, etapas y tiempos diferentes, pero ante todo tienen en común la expresión del dolor. Recordemos que el mismo Jesús lloró ante la muerte de quienes quería (Jn 11,32-36).

Un hecho que nos da una pista sobre cómo acercarnos a esta realidad, la tenemos en el encuentro de Jesús con sus discípulos camino de Emáus: no se para a darles una lección o a “rescatarlos” de su dolor, sino que avanza con ellos hasta que son capaces de reconocerle.

Por ello, sabiendo el contexto de las muertes sucedidas durante la pandemia, debemos poner especial atención a dos aspectos: escuchar sin juzgar y participar en actos simbólicos de despedida.

Escuchar sin juzgar permite que se expresen los sentimientos de tristeza, impotencia y culpa por no haber podido acompañar al fallecido en sus últimos momentos. También implica acoger silencios o manifestaciones de rabia contra Dios. Es importante permitir dar voz y espacio para que se exprese todo aquello que por las características de la pérdida fue silenciado y vivido en soledad.

Por último, no olvidemos la importancia de participar y dar el justo valor y dignidad a las celebraciones y ritos de despedida, ya que permiten

dar un sentido esperanzador a la muerte y fomentar la presencia real de la comunidad de hermanos que somos.

Elaborar las tareas del duelo requiere recorrer un camino personal, pero como nos indica el Papa Francisco en la exhortación apostólica "Amoris Laetitia", es nuestra responsabilidad como cristianos ser la sal y la luz también en este proceso.

TEXTOS

Lucas 24, 13-35. Tras la muerte, Jesús sale al encuentro

Aquel mismo día, dos de ellos iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?». Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?». Él les dijo: «¿Qué?». Ellos le contestaron: «Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron». Entonces él les dijo: «¿Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?». Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?». Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Job 3, 20-26. El dolor de quien lo ha perdido todo.

*¿Por qué se da luz al que sufre,
y vida al amargado del alma;
a los que ansían la muerte, pero no llega,
y cavan por ella más que sus tesoros;
que se alegran sobremanera,
y se regocijan cuando encuentran el sepulcro?
¿Por qué dar luz al hombre cuyo camino está escondido,
y a quien Dios ha cercado?
Porque al ver mi alimento salen mis gemidos,
y mis clamores se derraman como agua.
pues lo que temo, viene sobre mí,
y lo que me aterroriza me sucede.
no tengo reposo ni estoy tranquilo,
no descanso, sino que me viene la turbación”.*

Amoris Laetitia 253-258. El acompañamiento ante la muerte

A veces la vida familiar se ve desafiada por la muerte de un ser querido. No podemos dejar de ofrecer la luz de la fe para acompañar a las familias que sufren en esos momentos. Abandonar a una familia cuando la lastima una muerte sería una falta de misericordia, perder una oportunidad pastoral, y esa actitud puede cerrarnos las puertas para cualquier otra acción evangelizadora.

Comprendo la angustia de quien ha perdido una persona muy amada, un cónyuge con quien ha compartido tantas cosas. Jesús mismo se conmovió y se echó a llorar en el velatorio de un amigo (cf. Jn 11,33.35). ¿Y cómo no comprender el lamento de quien ha perdido un hijo? Porque «es como si se detuviese el tiempo: se abre un abismo que traga el pasado y también el futuro [...] Y a veces se llega incluso a culpar a Dios. Cuánta gente —los comprendo— se enfada con Dios». «La viudez es una experiencia particularmente difícil [...] Algunos, cuando les toca vivir esta experiencia, muestran que saben volcar sus energías todavía con más entrega en los hijos y los nietos, y encuentran en esta experiencia de amor una nueva misión educativa [...] A quienes no cuentan con la presencia de familiares a los que dedicarse y de los cuales recibir afecto y cercanía, la comunidad cristiana debe sostenerlos con particular atención y disponibilidad, sobre todo si se encuentran en condiciones de indigencia».

En general, el duelo por los difuntos puede llevar bastante tiempo, y cuando un pastor quiere acompañar ese proceso, tiene que adaptarse a las necesidades de cada una de sus etapas. Todo el proceso está surcado por preguntas, sobre las causas de la muerte, sobre lo que se podría haber hecho, sobre lo que vive una persona en el momento previo

a la muerte. Con un camino sincero y paciente de oración y de liberación interior, vuelve la paz. En algún momento del duelo hay que ayudar a descubrir que quienes hemos perdido un ser querido todavía tenemos una misión que cumplir, y que no nos hace bien querer prolongar el sufrimiento, como si eso fuera un homenaje. La persona amada no necesita nuestro sufrimiento ni le resulta halagador que arruinemos nuestras vidas. Tampoco es la mejor expresión de amor recordarla y nombrarla a cada rato, porque es estar pendientes de un pasado que ya no existe, en lugar de amar a ese ser real que ahora está en el más allá. Su presencia física ya no es posible, pero si la muerte es algo potente, «es fuerte el amor como la muerte» (Ct 8,6). El amor tiene una intuición que le permite escuchar sin sonidos y ver en lo invisible. Eso no es imaginar al ser querido tal como era, sino poder aceptarlo transformado, como es ahora. Jesús resucitado, cuando su amiga María quiso abrazarlo con fuerza, le pidió que no lo tocara (cf. Jn 20,17), para llevarla a un encuentro diferente.

Nos consuela saber que no existe la destrucción completa de los que mueren, y la fe nos asegura que el Resucitado nunca nos abandonará. Así podemos impedir que la muerte «envenene nuestra vida, que haga vanos nuestros afectos, que nos haga caer en el vacío más oscuro». La Biblia habla de un Dios que nos creó por amor, y que nos ha hecho de tal manera que nuestra vida no termina con la muerte (cf. Sb 3,2-3). San Pablo se refiere a un encuentro con Cristo inmediatamente después de la muerte: «Deseo partir para estar con Cristo» (Flp 1,23). Con él, después de la muerte nos espera «lo que Dios ha preparado para los que lo aman» (1 Co 2,9). El prefacio de la Liturgia de los difuntos expresa bellamente: «Aunque la certeza de morir nos entristece, nos consuela la promesa de la futura inmortalidad. Porque la vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, se transforma». Porque «nuestros seres queridos no han desaparecido en la oscuridad de la nada: la esperanza nos asegura que ellos están en las manos buenas y fuertes de Dios».

Una manera de comunicarnos con los seres queridos que murieron es orar por ellos. Dice la Biblia que «rogar por los difuntos» es «santo y piadoso» (2 M 12,44-45). Orar por ellos «puede no solamente ayudarles, sino también hacer eficaz su intercesión en nuestro favor». El Apocalipsis presenta a los mártires intercediendo por los que sufren la injusticia en la tierra (cf. Ap 6,9-11), solidarios con este mundo en camino. Algunos santos, antes de morir, consolaban a sus seres queridos prometiéndoles que estarían cerca ayudándoles. Santa Teresa de Lisieux sentía el deseo de seguir haciendo el bien desde el cielo. Santo Domingo afirmaba que «sería más útil después de muerto [...] Más poderoso en obtener gracias». Son lazos de amor porque «la unión de los miembros de la Iglesia peregrina con los hermanos que durmieron en la paz de Cristo de

ninguna manera se interrumpe [...] Se refuerza con la comunicación de los bienes espirituales».

Si aceptamos la muerte podemos prepararnos para ella. El camino es crecer en el amor hacia los que caminan con nosotros, hasta el día en que «ya no habrá muerte, ni duelo, ni llanto ni dolor» (Ap 21,4). De ese modo, también nos prepararemos para reencontrar a los seres queridos que murieron. Así como Jesús entregó el hijo que había muerto a su madre (cf. Lc 7,15), lo mismo hará con nosotros. No desgastemos energías quedándonos años y años en el pasado. Mientras mejor vivamos en esta tierra, más felicidad podremos compartir con los seres queridos en el cielo. Mientras más logremos madurar y crecer, más cosas lindas podremos llevarles para el banquete celestial.

PREGUNTAS

- Personalmente ¿cómo entiendo la vida y la muerte? ¿Cómo he vivido yo la muerte de un ser querido?
- ¿De qué forma me ayuda mi fe a afrontar la muerte y la pérdida?
- ¿Qué podemos hacer para acompañar el dolor por la pérdida en nuestras comunidades?

Tema | **7**

LA FAMILIA, IGLESIA DOMÉSTICA

Carlos de la Fuente y Marta Hernández



7 LA FAMILIA, IGLESIA DOMÉSTICA

Si miramos hacia atrás y leemos la historia, se puede decir que en nuestro entorno cultural la familia ha venido actuando como un eje principal en la vertebración de la humanidad. Lugar de encuentro, de relaciones, de educación, de compartir vida, sentimientos, valores y creencias; un espacio en el que los seres humanos hallaban la referencia que los abría al mundo y a la sociedad. Una estructura que ha permitido que a lo largo del tiempo hayan permanecido invariables algunos de los valores más importantes que han construido la sociedad occidental, que se asientan en el Amor inspirado en la doctrina cristiana y que se han ido transmitiendo de padres a hijos. Ello ponía de manifiesto y parecía asegurar el valor de la familia como una estructura necesaria y básica en la educación de los hijos y como bien social; no debemos olvidar que la familia ha supuesto siempre un gran apoyo para las personas, tal y como se ha visto en las últimas crisis económicas, sociales y sanitarias, donde ha sido de gran relevancia su papel como medio de superación.

La Iglesia Católica reconoce y desea este bien de la familia, Iglesia Doméstica, en la que *los padres han de ser para sus hijos los primeros anunciadores de la fe con su palabra y con su ejemplo y deben fomentar la vocación propia de cada uno* (LG 11). *El hogar es así la primera escuela de vida cristiana y "escuela del más rico humanismo"* (GS 52,1).

Sin especular que cualquier tiempo pasado fue mejor, hoy la situación está transformándose de tal modo, que las familias (incluso las formadas por matrimonios de bautizados) y su entorno social encuentran nuevas y grandes dificultades para la transmisión de valores y de la fe a sus hijos. Múltiples son las causas y las casuísticas que hacen que ello sea así, pero como nos recuerda Benedicto XVI (Peter Seewald 2020), *"se asientan todas en una fe en crisis"*, que apenas está consiguiendo ser fermento, sal o luz en esta vieja Europa. Podríamos dar muchas respuestas y hacer muchos análisis ante esta situación, pero quizá ello no nos ayude a ponernos en marcha, sino que puede bloquearnos y hacer que avancemos muy despacio, mientras el Espíritu Santo nos está llamando a una acción creativa más capaz de permear y transformar, desde una fe sólida y arraigada en Cristo, las realidades que nos circundan.

En este momento debemos potenciar la misión que tiene la familia cristiana, no podemos desistir de ayudar a nuestros matrimonios y jóvenes para que este horizonte se dé en sus vidas. Las familias aún pueden y deben ser el lugar, santuarios chiquititos, pequeños faros que alumbren a su alrededor, oasis sencillos en los que encontrar la fe, ... pero sin olvidarnos de que tienen muchas dificultades para mantener esta propuesta, ¿cómo los cuidaremos? En la crisis del Covid-19 asistimos a un resurgir de la vida

espiritual en muchas personas, también las familias cristianas vieron renacer su capacidad para orar juntas, para volverse a Dios como familia y en familia. Ello nos ha llenado de esperanza y creemos en el potencial que existe en su seno.

¿Dónde han de permanecer nuestras parroquias y comunidades respecto a este tema principal del cuidado de las familias para la transmisión de la fe?, ¿cómo actuar cuando sabemos que la mayor parte de las nuevas generaciones de bautizados podemos decir que viven como “no cristianos”?, ¿por dónde trabajar, en qué insistir? El modelo familiar que la Iglesia presenta es la Familia de Nazaret.

La familia de Nazaret nace de dos novios que deciden unir sus vidas y hacen sus desposorios, pero que pronto se enfrentan a los problemas de aceptación de las dificultades sobrevenidas (Mt. 1, 18-19). Dios Padre no se lo puso fácil a esta pareja, pero ellos permanecieron en el amor a Dios, en la aceptación de su realidad, aun no entendiéndola, por lo tanto este modelo de familia se asienta en Dios, en amar a Dios, en amar y aceptar su realidad descolocada, cuántas veces nosotros buscamos cambiar lo que nos rodea, personas, circunstancias,... porque las vemos como difíciles, no agradables y nos empeñamos en que sean diferentes, pero María y José nos hablan de confiar en Dios y aun en el dolor ponerse en sus manos.

Este es el aspecto básico que debería vivir cualquier cristiano, por tanto, también los esposos y a través de ellos los hijos. La familia como lugar para aprender a confiar juntos en Dios, para aprender juntos a vivir en las manos de Dios. ¡Cuánto hemos de aprender los países desarrollados! ¿en manos de quien solemos poner nuestras vidas para resolver nuestros problemas?, del dinero, de las personas influyentes, de la magia... cuántos cristianos se mueven en una esperanza fuera de Dios (Mt 11, 25-28). Y desde aquí (Dios en el centro) hacer de la familia, una iglesia doméstica, lugar de culto y adoración a Dios, lugar en el que edificar el Reino, aunque ello a veces no resulte fácil.

La familia es por tanto un lugar privilegiado que hemos de cuidar y buscar para que los cristianos nos eduquemos en las virtudes; la familia es la estructura básica y primera en la que tempranamente podemos vivir de modo favorecido el Reino de Dios. Los padres somos los primeros educadores de nuestros hijos (AL 84), y además de manera consciente debemos asumirlo, estamos llamados a ponerlos en manos de Dios y a hacer de nuestro hogar una verdadera referencia de amor a Dios sobre todas las cosas. Dios como eje principal de nuestras vidas, Dios el que marque el devenir de nuestra historia, y ello querido, asumido, buscado... es una tarea grande, excelsa la que los padres tenemos para transmitir el amor de Dios a nuestros hijos, que se sepan amados y confiados en Él a través de nosotros.

En los meses de confinamiento del inicio de la crisis del Covid-19 los padres con hijos en casa contamos con un tiempo precioso para redescubrir la vida en común, un tiempo en el que compartirla 24 horas, y en el que tuvimos que decidir qué hacer, cómo vivirlo y en manos de quién dejar nuestra esperanza para superar este momento doloroso. Y nos dimos cuenta de nuevo de la importancia de la familia, de todo lo que puede y sostiene la familia, de cómo podemos fortalecer estos lazos de amor a Dios con nuestro hacer diario. Qué importante que los cristianos reconozcamos el regalo que son los hijos que Dios pone en nuestras manos, no son nuestros, son suyos, un bien precioso que Él nos regala, como todos los dones que Él da. Hemos de ser capaces de trabajar bien con esta riqueza plena (Mt. 25, 14-30).

En el día a día las familias han de buscar cómo vivir la fe, y son los padres los que definen las formas y las estructuras que mantienen en sus hogares y en sus vidas para ayudar a sus hijos, cuidando el anuncio de la fe, la caridad y la celebración (AL 260). Oraciones, bendiciones, cariño, perdón de las faltas, apoyar, elogiar, ayudar, compromisos en el hogar, acciones hacia los más pobres, ... *En la familia se aprende la paciencia y el gozo del trabajo, el amor fraterno, el perdón generoso, incluso reiterado, y sobre todo el culto divino por medio de la oración y la ofrenda de la propia vida (CIC 1657)*. Son tantos los momentos y las acciones en las que podemos hacer percibir el amor de Dios a nuestros hijos, ¿somos conscientes de ello? Y por supuesto esto no se sostiene sin una vida individual y de pareja puesta en manos de Dios y de comunión de los esposos, un matrimonio que vertebral la vida familiar. Toda una vida espiritual que cuidar y cultivar: los hijos necesitan testigos. Tampoco se sostendrá fácilmente sin una comunidad de apoyo: parroquia, colegio, asociaciones, etc. de identidad cristiana, que compartan el mismo proyecto de vida.

Por otro lado, debe haber también un verter hacia el exterior todo lo vivido, aprender a expresarlo en el entorno en el que se está, desarrollar la vocación social; que los hijos vayan percibiendo y asumiendo este papel de cambiar el mundo como testigos de la esperanza, de la fe en Cristo Resucitado que hace nuevas todas las cosas (AL 184).

El propio papa Francisco en *Amoris Laetitia* pone el foco en la importancia de la familia. La Iglesia, las comunidades se deben centrar en ella como elemento nuclear de su evangelización y así lograr familias que evangelizan hacia dentro y hacia fuera. La comunidad, la parroquia, la iglesia diocesana, han de buscar el modo en el que estar presentes en las vidas de las familias, pero además buscarlo con ahínco. *“La Iglesia está llamada a colaborar, con una acción pastoral adecuada, para que los propios padres puedan cumplir con su misión educativa. Siempre debe hacerlo ayudándoles a valorar su propia función, y a reconocer que quienes han recibido el sacramento del matrimonio se convierten en*

verdaderos ministros educativos, porque cuando forman a sus hijos edifican la Iglesia, y al hacerlo aceptan una vocación que Dios les propone” (AL 85).

TEXTOS

Lc. 2, 42-52

Cuando cumplió doce años, subieron a la fiesta según la costumbre y, cuando terminó, se volvieron; pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que lo supieran sus padres. Estos, creyendo que estaba en la caravana, anduvieron el camino de un día y se pusieron a buscarlo entre los parientes y conocidos; al no encontrarlo, se volvieron a Jerusalén buscándolo. Y sucedió que, a los tres días, lo encontraron en el templo, sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Todos los que le oían quedaban asombrados de su talento y de las respuestas que daba. Al verlo, se quedaron atónitos, y le dijo su madre: «Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Tu padre y yo te buscábamos angustiados». Él les contestó: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?». Pero ellos no comprendieron lo que les dijo. Él bajó con ellos y fue a Nazaret y estaba sujeto a ellos. Su madre conservaba todo esto en su corazón. Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres.

Dt. 6, 1-9

Estos son los preceptos, los mandatos y decretos que el Señor, vuestro Dios, me mandó enseñaros para que los cumpláis en la tierra en cuya posesión vais a entrar, a fin de que temas al Señor, tu Dios, tú, tus hijos y tus nietos, observando todos sus mandatos y preceptos, que yo te mando, todos los días de tu vida, a fin de que se prolonguen tus días. Escucha, pues, Israel, y esmérate en practicarlos, a fin de que te vaya bien y te multipliques, como te prometió el Señor, Dios de tus padres, en la tierra que mana leche y miel. Escucha, Israel: El Señor es nuestro Dios, el Señor es uno solo. Amarás, pues, al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Estas palabras que yo te mando hoy estarán en tu corazón, se las repetirás a tus hijos y hablarás de ellas estando en casa y yendo de camino, acostado y levantado; las atarás a tu muñeca como un signo, serán en tu frente una señal; las escribirás en las jambas de tu casa y en tus portales.

Amoris Laetitia 200-201

Las familias cristianas, por la gracia del sacramento nupcial, son los principales sujetos de la pastoral familiar, sobre todo aportando «el

testimonio gozoso de los cónyuges y de las familias, iglesias domésticas». «Se trata de hacer experimentar que el Evangelio de la familia es alegría que “llena el corazón y la vida entera”, porque en Cristo somos “liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento” (EG 1). A la luz de la parábola del sembrador (cf. Mt 13,3-9), nuestra tarea es cooperar en la siembra: lo demás es obra de Dios. Tampoco hay que olvidar que la Iglesia que predica sobre la familia es signo de contradicción», pero los matrimonios agradecen que los pastores les ofrezcan motivaciones para una valiente apuesta por un amor fuerte, sólido, duradero, capaz de hacer frente a todo lo que se le cruce por delante. La Iglesia quiere llegar a las familias con humilde comprensión, y su deseo «es acompañar a cada una y a todas las familias para que puedan descubrir la mejor manera de superar las dificultades que se encuentran en su camino». No basta incorporar una genérica preocupación por la familia en los grandes proyectos pastorales. Para que las familias puedan ser cada vez más sujetos activos de la pastoral familiar, se requiere «un esfuerzo evangelizador y catequístico dirigido a la familia», que la oriente en este sentido. «Esto exige a toda la Iglesia una conversión misionera: es necesario no quedarse en un anuncio meramente teórico y desvinculado de los problemas reales de las personas».

PREGUNTAS

- *Pregunta personal: ¿Cómo estás de implicado en el acompañamiento a familias (las que intentan vivir el evangelio en su vida, los novios o jóvenes, las familias más influidas por el relativismo social) mediante acciones concretas?*
- *Pregunta comunitaria: ¿Cómo cuidar a los matrimonios y jóvenes que intentan vivir como cristianos maduros? ¿cómo hacer que estos sean mayor y mejor fermento, visibilizarlos socialmente, comunitariamente...?*
- *Pregunta pastoral: ¿Cómo ayudar a vivir más plenamente la misión evangelizadora de la familia desde la Iglesia, para que estas sean un verdadero fermento de vida cristiana?*

Tema | 8

**ANUNCIAR A CRISTO SIENDO IGLESIA EN TIEMPOS DE
COVID-19**

José-Alberto Sutil Lorenzo



8 ANUNCIAR A CRISTO SIENDO IGLESIA EN TIEMPOS DE COVID-19

Todos recordaremos el 2020 como el año en el que el coronavirus apareció para quedarse entre nosotros. Aunque lleve el nombre de COVID-19, fue al año siguiente cuando este microorganismo puso en jaque al mundo entero, paralizando la economía mundial, contagiando y matando, poniendo a prueba a los gobiernos de todas las naciones en su gestión de esta crisis sanitaria, confinándonos en nuestras casas y cambiando el rostro del mundo entonces conocido.

¿Y en lo relativo a la fe? No tuvimos procesiones de Semana Santa y revivimos las últimas horas del Señor desde nuestras casas, siguiendo telemáticamente las celebraciones que se retransmitían desde unas iglesias vacías de fieles. Algo parecido podríamos decir de la pascua judía o del ramadán musulmán. La desescalada y la vuelta a la celebración en los templos, así como el regreso de las actividades pastorales implican una serie de medidas higiénicas y de prevención que han transformado nuestro día a día. Por otra parte, la cuarentena o la misma pandemia han revelado distintos pareceres y una pluralidad de opciones dentro de la Iglesia.

Con todo, tenemos que dar gracias a Dios, porque este “signo de los tiempos” ha revelado en nosotros fortalezas que de otro modo quizás no hubieran salido a flote, porque “no hay nada escondido, sino para que sea descubierto; no hay nada oculto, sino para que salga a la luz” (Mc 4,22). Este acontecimiento ha sido una auténtica “crisis”, palabra que en su sentido etimológico griego significa “periodo de discernimiento”. Y es que Dios se manifiesta en la historia, pues eso es lo que significa precisamente el concepto de “historia de salvación”.

El confinamiento nos obligó a la audacia y la creatividad pastoral. “¡Despertaron a los curas!”, circulaba por las redes sociales, que nos han ayudado a ser y sentirnos más Iglesia durante los momentos más duros de la pandemia. Por otra parte, descubrimos durante el confinamiento que somos capaces de organizar y coordinar desde la delegación de medios diocesana una serie de servicios religiosos diarios. Nos hemos alentado mutuamente en la esperanza de que Dios es el Emmanuel, el Dios con nosotros, que sabe muy bien los planes que tiene para nosotros, designios de paz y no de aflicción, un porvenir y una esperanza (cf. Jer 29,11). Privados de la comunión sacramental, hemos redescubierto el valor de la comunión espiritual y de la mesa de la Palabra en la celebración digna de la eucaristía, “fuente y culmen de toda la vida cristiana” (LG 11). Pero nuestras Iglesias y ermitas se han ensanchado virtualmente no solo para los misterios de la fe, sino también para rogativas, fiestas patronales, romerías

y demás fechas significativas que se han vivido con devoción a pesar de las circunstancias. Las familias se han convertido en auténticas iglesias domésticas, donde se ha alabado y bendecido a Dios “con alegría y sencillez de corazón” (Hch 2,46), como en las primeras comunidades cristianas. Por último, Caritas, en su vertiente diocesana y parroquiales, ha estado a la altura de las circunstancias ofreciendo el rostro samaritano de la Iglesia a aquellos que se han quedado malheridos en la cuneta del camino (cf. Lc 10,30-37).

Pero en medio de toda esta situación surgen también muchas preguntas. ¿Qué nos quiere decir el Señor con todo esto? ¿Estamos siendo fieles a la misión que se nos ha encomendado? ¿Hemos acompañado adecuadamente en el duelo (cementeros) y en la enfermedad (hospitales y residencias) durante el estado de alarma? ¿Hemos sido suficientemente creativos para llevar a Dios a nuestros contemporáneos o simplemente nos hemos dejado llevar por la inercia de la retransmisión del culto? ¿Cómo formar ahora a nuestros agentes de pastoral para esta “nueva normalidad”? La progresiva “desescalada” de las iniciativas virtuales, ¿dejará que se pierda la necesaria evangelización del “continente digital” (Benedicto XVI)?

En definitiva, queda en el aire la pregunta que el cardenal Suenens lanzó en el aula conciliar durante una de las sesiones del Vaticano II: “Iglesia, ¿qué dices de ti misma?”. Es decir, ¿estás cumpliendo con tu función? ¿Estás evangelizando? Porque esa es la tarea de la Iglesia y su dicha, como recordara san Pablo VI en el n.14 de exhortación *Evangelii nuntiandi* y nos viene machaconamente insistiendo el papa Francisco desde que nos propusiera “la alegría del evangelio” como programa de su pontificado: “Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación” (EG 27).

Un conocido político zamorano alababa en Twitter la labor de Caritas y de la Iglesia en la sociedad zamorana al cuidar de los más desfavorecidos durante la pandemia. Un artículo aparecido en un conocido portal de información religiosa afirmaba que uno de cada tres cristianos había sido reforzado en su fe durante la crisis del coronavirus, mientras que ninguno la había puesto en duda. Curiosamente se ha dado un aumento también de los anuncios de tipo esotérico (videntes, tarotistas, etc.) durante el estado de alarma.

Todo esto, si se quiere, son efectos colaterales, regalos de la gracia, píldoras de fe. Pero, tenemos que preguntarnos con seriedad cómo vamos a unir “coronavirus” y “primer anuncio” y qué medidas o iniciativas van a resultar de este binomio. Teológicamente hemos escuchado de todo,

desde “no podemos rezar y esperar que mágicamente se arregle todo” hasta “saquemos el Santísimo en procesión y acabará con el virus”. La cuestión radica en si estas afirmaciones son nuestros posicionamientos “ideológicos” previos o por el contrario se trata de lo que realmente nos está diciendo el Señor que hagamos. Siempre me ha llamado mucho la atención la llamada que recoge el vidente del apocalipsis en las cartas a las siete Iglesias de los caps.2-3: “El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias”.

Puede ser que aquí radique el quiz de la cuestión. Quizás sea este un tiempo para volver al amor primero. Cuando empezó la pandemia enseguida nos volcamos en múltiples actividades telemáticas, y estuvo bien, pero, ¿hemos redoblado el tiempo de oración, ahora que hemos tenido oportunidad para hacerlo? Cuarenta años estuvo el pueblo de Israel dando vueltas por el desierto en un trayecto que podían haber hecho en muchísimo menos tiempo... ¿Acaso el mundo contemporáneo estaba necesitando un confinamiento de este tipo para tomar en peso su vida y volverse a Dios?

Ahora bien, “¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído?; ¿cómo creerán en aquel de quien no han oído hablar?; ¿cómo oirán hablar de él sin nadie que anuncie?” (*Rom 10,14*). Por eso es tiempo de volver al amor primero, al primer anuncio, al kerigma de Cristo muerto y resucitado por nuestra salvación. Porque me da la impresión de que con esto del kerigma nos pasa como les pasó a aquellos funcionarios de la curia romana cuando san Juan XXIII convocó el Vaticano II, que hacía ya tanto tiempo del Vaticano I que ni se acordaban de cómo iba eso de hacer un concilio...

No me lo invento yo, ni es una manía mía. Lo dice explícitamente el papa Francisco¹ y hasta explica cómo hacerlo en la exhortación *Cristus vivit*. Es el texto magisterial que acompaña a esta reflexión.

En el fondo, el kerigma no es otra cosa que la narración de tu historia de salvación, de tu encuentro vivo con Cristo, de las maravillas que Dios ha hecho contigo, de cómo te ha sostenido la comunidad cristiana, del hecho de que “Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte” (EG 164).

Afrontemos la realidad de que nos asusta hablar de nuestra experiencia de Dios, porque en el fondo nos desnuda ante el otro y nos hace de alguna manera vulnerables. Es más fácil predicar una homilía que

¹ “Cuando a este primer anuncio se le llama «primero», eso no significa que está al comienzo y después se olvida o se reemplaza por otros contenidos que lo superan. Es el primero en un sentido cualitativo, porque es el anuncio *principal*, ese que siempre hay que volver a escuchar de diversas maneras y ese que siempre hay que volver a anunciar de una forma o de otra a lo largo de la catequesis, en todas sus etapas y momentos. Por ello, también «el sacerdote, como la Iglesia, debe crecer en la conciencia de su permanente necesidad de ser evangelizado» (PDV 26)” (EG 164).

dar un testimonio vocacional, pero no tendría que haber tanta lejanía entre ambos hechos, porque si antes no has rezado la Palabra de Dios, en el fondo acabarás predicando de lugares comunes o de alguna hoja de homilética que hayas buscado en internet. Lo mismo podríamos decir de una catequesis, por ejemplo.

En su *Introducción a la teología evangélica*, el teólogo Karl Barth escribía que uno no tendría jamás que dejar de asombrarse del milagro de sí mismo. No será la exquisita coordinación de estructuras pastorales la que atraiga a los alejados a la fe, pues correríamos el riesgo de caer en la autorreferencialidad tantas veces criticada por el papa Francisco en su pontificado. Sí, interrogarán a nuestros contemporáneos; por el contrario, el anuncio de una fe que no claudica con las ideologías del mundo, la belleza de la liturgia y el servicio elocuente a los más necesitados. Todo ello vivido por católicos sin complejos, “dispuestos siempre para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza, pero con delicadeza y con respeto” (1Pe 3,15-16).

TEXTOS

Del libro del profeta Isaías, 1-2.3b.4.6-8.21-27.28b

«Ahora escucha, Jacob, siervo mío, Israel, mi elegido.

Esto dice el Señor que te hizo, que te formó en el vientre y te auxilia:

No temas, siervo mío, Jacob, a quien corrijo, mi elegido; derramaré mi espíritu sobre tu estirpe y mi bendición sobre tus vástagos.

Esto dice el Señor, rey de Israel, su libertador, el Señor todopoderoso:

«Yo soy el primero y yo soy el último, fuera de mí no hay dios. ¿Quién es como yo? Que lo proclame, lo declare y lo demuestre. ¿Quién anunció desde antiguo lo que acontecería? Que anuncien lo que aún debe venir. No tembléis, no tengáis miedo. ¿No lo había anunciado yo? ¿No lo había proclamado desde antiguo? Vosotros sois mis testigos: ¿Hay un dios fuera de mí? ¡No hay otra Roca! No la conozco».

Acuérdate de todo esto, Jacob, porque tú eres mi siervo, Israel.

Te he formado como siervo mío; Israel, no me defraudes. He disipado como una nube tus rebeliones, como niebla tus pecados.

Vuelve a mí, yo te he rescatado. Exultad, cielos, porque el Señor ha actuado, aclamad, profundidades de la tierra, romped en gritos de júbilo, montañas, el bosque con todos sus árboles, porque el Señor ha rescatado a Jacob, ha manifestado su gloria en Israel.

Esto dice el Señor, tu libertador, que te ha formado desde el seno materno:

«Yo soy el Señor, que hace todas las cosas. Despliego los cielos por mí mismo, pongo los fundamentos de la tierra, ¿y quién me ayuda? Yo hago fracasar los presagios de los adivinos | y pongo en ridículo a los agoreros; hago volver a los sabios sobre sus pasos y convierto su ciencia en necedad. Confirmando la palabra de mi siervo y realizo el plan de mis mensajeros. Digo de Jerusalén: “Será habitada”, de las ciudades de Judá: “Serán reconstruidas”. Yo mismo levantaré sus ruinas. Digo al océano: “Vuélvete árido”, yo secaré tus corrientes. Digo de Jerusalén: “Será reconstruida”, y del templo: “Pondrán sus fundamentos”».

Del evangelio según san Lucas, 21,1-19

Alzando los ojos, vio a unos ricos que echaban donativos en el tesoro del templo; vio también una viuda pobre que echaba dos monedillas, y dijo:

«En verdad os digo que esa pobre viuda ha echado más que todos, porque todos esos han contribuido a los donativos con lo que les sobra, pero ella, que pasa necesidad, ha echado todo lo que tenía para vivir».

Y como algunos hablaban del templo, de lo bellamente adornado que estaba con piedra de calidad y exvotos, Jesús les dijo:

«Esto que contempláis, llegarán días en que no quedará piedra sobre piedra que no sea destruida».

Ellos le preguntaron:

«Maestro, ¿cuándo va a ser eso?, ¿y cuál será la señal de que todo eso está para suceder?».

Él dijo:

«Mirad que nadie os engañe. Porque muchos vendrán en mi nombre diciendo: “Yo soy”, o bien: “Está llegando el tiempo”; no vayáis tras ellos. Cuando oigáis noticias de guerras y de revoluciones, no tengáis pánico. Porque es necesario que eso ocurra primero, pero el fin no será enseguida».

Entonces les decía: «Se alzarán pueblo contra pueblo y reino contra reino, habrá grandes terremotos, y en diversos países, hambres y pestes. Habrá también fenómenos espantosos y grandes signos en el cielo. Pero antes de todo eso os echarán mano, os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y a las cárceles, y haciéndoos comparecer ante reyes y gobernadores, por causa de mi nombre. Esto os servirá de ocasión para dar testimonio. Por ello, meteos bien en la cabeza que no tenéis que preparar vuestra defensa, porque yo os daré palabras y sabiduría a las que no podrá hacer frente ni contradecir ningún adversario vuestro. Y hasta vuestros padres, y parientes, y hermanos, y amigos os entregarán, y matarán a algunos de vosotros, y todos os odiarán a causa de mi

nombre. Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá; con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas.

De la exhortación apostólica postsinodal *Christus vivit*, del santo Padre Francisco, a los jóvenes y a todo el pueblo de Dios, nn.111-113.117-118.121.124-129

Más allá de cualquier circunstancia, a todos [...] quiero anunciarles ahora lo más importante, lo primero, eso que nunca se debería callar. Es un anuncio que incluye tres grandes verdades que todos necesitamos escuchar siempre, una y otra vez.

Un Dios que es amor

Ante todo, quiero decirle a cada uno la primera verdad: "Dios te ama". Si ya lo escuchaste no importa, te lo quiero recordar: Dios te ama. Nunca lo dudes, más allá de lo que te suceda en la vida. En cualquier circunstancia, eres infinitamente amado. Quizás la experiencia de paternidad que has tenido no sea la mejor, tu padre de la tierra quizás fue lejano y ausente o, por el contrario, dominante y absorbente. O sencillamente no fue el padre que necesitabas. No lo sé. Pero lo que puedo decirte con seguridad es que puedes arrojarte seguro en los brazos de tu Padre divino, de ese Dios que te dio la vida y que te la da a cada momento. él te sostendrá con firmeza, y al mismo tiempo sentirás que él respeta hasta el fondo tu libertad. En su Palabra encontramos muchas expresiones de su amor. Es como si él hubiera buscado distintas maneras de manifestarlo para ver si con alguna de esas palabras podía llegar a tu corazón. Para él realmente eres valioso, no eres insignificante, le importas, porque eres obra de sus manos. Por eso te presta atención y te recuerda con cariño. No quiere llevar la cuenta de tus errores y, en todo caso, te ayudará a aprender algo también de tus caídas. Porque te ama. Intenta quedarte un momento en silencio dejándote amar por él. Intenta acallar todas las voces y gritos interiores y quédate un instante en sus brazos de amor. Cuando te pide algo o cuando sencillamente permite esos desafíos que te presenta la vida, espera que le des un espacio para poder sacarte adelante, para promoverte, para madurarte. No le molesta que le expreses tus cuestionamientos, lo que le preocupa es que no le hables, que no te abras con sinceridad al diálogo con él. Cuenta la Biblia que Jacob tuvo una pelea con Dios (cf. Gn 32,25-31), y eso no lo apartó del camino del Señor. En realidad, es él mismo quien nos exhorta: «Venid y discutamos» (Is 1,18). Su amor es tan real, tan verdadero, tan concreto, que nos ofrece una relación llena de diálogo sincero y fecundo. ¡Finalmente, busca el abrazo de tu Padre del cielo en el rostro amoroso de sus valientes testigos en la tierra!

Cristo te salva

La segunda verdad es que Cristo, por amor, se entregó hasta el final para salvarte. Sus brazos abiertos en la Cruz son el signo más precioso de un amigo capaz de llegar hasta el extremo. Ese Cristo que nos salvó en la Cruz de nuestros pecados, con ese mismo poder de su entrega total sigue salvándonos y rescatándonos hoy. Mira su Cruz, aférrate a él, déjate salvar. Y si pecas y te alejas, él vuelve a levantarte con el poder de su Cruz. Su perdón y su salvación no son algo que hemos comprado, o que tengamos que adquirir con nuestras obras o con nuestros esfuerzos. Él nos perdona y nos libera gratis. Su entrega en la Cruz es algo tan grande que nosotros no podemos ni debemos pagarlo, solo tenemos que recibirlo con inmensa gratitud y con la alegría de ser tan amados antes de que pudiéramos imaginarlo. Mira los brazos abiertos de Cristo crucificado, déjate salvar una y otra vez. Y cuando te acerques a confesar tus pecados, cree firmemente en su misericordia que te libera de la culpa. Contempla su sangre derramada con tanto cariño y déjate purificar por ella. Así podrás renacer, una y otra vez.

¡Él vive!

Pero hay una tercera verdad, que es inseparable de la anterior: ¡él vive! Hay que volver a recordarlo con frecuencia, porque corremos el riesgo de tomar a Jesucristo solo como un buen ejemplo del pasado, como un recuerdo, como alguien que nos salvó hace dos mil años. Eso no nos serviría de nada, nos dejaría iguales, eso no nos liberaría. El que nos llena con su gracia, el que nos libera, el que nos transforma, el que nos sana y nos consuela es alguien que vive. Es Cristo resucitado, lleno de vitalidad sobrenatural, vestido de infinita luz. Si él vive, entonces sí podrá estar presente en tu vida, en cada momento, para llenarlo de luz. Así no habrá nunca más soledad ni abandono. Aunque todos se vayan él estará, tal como lo prometió. Él lo llena todo con su presencia invisible, y donde vayas te estará esperando. Porque él no solo vino, sino que viene y seguirá viniendo cada día para invitarte a caminar hacia un horizonte siempre nuevo. Contempla a Jesús feliz, desbordante de gozo. Alégrate con tu Amigo que triunfó. Mataron al santo, al justo, al inocente, pero él venció. El mal no tiene la última palabra. En tu vida el mal tampoco tendrá la última palabra, porque tu Amigo que te ama quiere triunfar en ti. Tu salvador vive. Si él vive eso es una garantía de que el bien puede hacerse camino en nuestra vida, y de que nuestros cansancios servirán para algo. Entonces podemos abandonar los lamentos y mirar para adelante, porque con él siempre se puede. Esa es la seguridad que tenemos. Jesús es el eterno viviente. Aferrados a él viviremos y atravesaremos todas las formas de muerte y de violencia que acechan en el camino. Cualquier otra solución será débil y pasajera. Quizás servirá para algo durante un tiempo, y de nuevo nos encontraremos desprotegidos, abandonados, a la

intemperie. Con él, en cambio, el corazón está arraigado en una seguridad básica, que permanece más allá de todo.

Si alcanzas a valorar con el corazón la belleza de este anuncio y te dejas encontrar por el Señor; si te dejas amar y salvar por él; si entras en amistad con él y empiezas a conversar con Cristo vivo sobre las cosas concretas de tu vida, esa será la gran experiencia, esa será la experiencia fundamental que sostendrá tu vida cristiana. Esa es también la experiencia que podrás comunicar a otros.

PREGUNTAS

- Narra brevemente tu kerigma (=experiencia personal de Dios o testimonio vocacional).
- ¿Cómo crees que se puede llevar a cabo este primer anuncio o kerygma en tu parroquia, unidad de acción pastoral, arciprestazgo, comunidad, grupo, etc.? ¿Qué podría aportar?
- ¿De qué manera puedes hacer presente este kerygma o primer anuncio en tu ámbito no eclesial (familiares, amigos, vecinos, etc.)? ¿Qué podría aportar?

